

# LOS PROBLEMAS DE LA MONEDA

BILAN nº 18 al 20, abril-julio de 1935.

La necesidad científica llevó a Marx a abordar la exploración del sistema burgués de producción mediante un profundo análisis de su base fundamental: la forma mercancía de los productos del trabajo humano. Marx destaca que: *“así como cuando reflexionamos acerca de las formas de la vida humana y tratamos de analizarlas científicamente seguimos, en realidad, un camino opuesto al verdadero desarrollo de esa vida, empezando a destiempo, es decir, partiendo de los resultados adquiridos durante el proceso de desarrollo; del mismo modo se considera que las formas que imprimen a los productos del trabajo el carácter de mercancías ya existían antes de la propia circulación de mercancías, como si fueran la forma natural de la vida social, sin que los hombres puedan explicarse, no ya el carácter histórico de estas formas que piensan que son inmutables, sino su contenido.”\**

Lo mismo que hizo Copérnico en el dominio cósmico, revelando el significado exacto del movimiento aparente de los astros y reduciendo el exagerado egocentrismo de los hombres a unas proporciones más modestas, lo hizo Marx en el terreno económico al descubrir la profunda esencia de las leyes que rigen la economía capitalista, despojándolas del misterio que las envolvía y que hacía que las instituciones burguesas aparecieran como “naturales” y “eternas”, mientras la economía clásica consideraba las formas de producción pre-burguesas *“casi como los Padres de la Iglesia trataban a todas las religiones que precedieron al cristianismo”*, es decir, como instituciones artificiales. Sabemos que no lo eran y que en realidad sucedía todo lo contrario, pues las comunidades primitivas revelaban incontestablemente el carácter natural de sus relaciones sociales.

En la sociedad antigua y en la economía feudal, las relaciones sociales entre los hombres eran fundamentalmente relaciones de dependencia directa e individual. Los productos del trabajo aparecían directamente bajo su forma material de objetos que respondían a ciertas necesidades; no aparecían bajo la forma mercancía sino accidentalmente, cuando los objetos que excedían las necesidades propias se intercambiaban con otras comunidades. Así, en la sociedad feudal, las relaciones sociales no consistían más que en la realización de las prestaciones personales que imponía el contrato feudal, sin dar lugar al intercambio de productos, dado que no existían contrapartidas económicas, o si se prefiere, no había sino intercambio entre prestaciones en especie y servicios.

Estos organismos de producción, pues, conservaron un carácter sencillo que revelaba fácilmente sus formas específicas de explotación; no existía ninguna categoría económica que disimulara estas formas o alterara su significado (la moneda aún no jugaba más que un papel secundario que se correspondía con la escasa importancia que tenían los intercambios).

Más tarde, las relaciones de producción y los contrastes sociales quedaron veladas, en la medida en que, bajo el impulso del progreso técnico y de una división del trabajo más acentuada, las riquezas aumentaron al mismo tiempo que se multiplicaba y se concentraba la propiedad privada y se desarrollaba la producción de mercancías. Y cuando esta última forma de producción llegó a su pleno desarrollo con la expansión de Capitalismo, cuando el producto del trabajo ya no aparecía sino bajo la forma de una mercancía y ésta bajo la forma de moneda, entonces el carácter de las relaciones sociales así como las

---

\* Todas las citas siguientes cuyo origen no se especifica, son de Marx.

propias relaciones desaparecieron bajo la marea de una intensa circulación de mercancías y se ocultaron bajo el aspecto del *Dinero*.

La circulación de riquezas puede aparecer incluso como un mecanismo independiente de la actividad productiva, con sus propias leyes, y tal es así que las ilusiones monetarias que alberga la economía política burguesa proceden de esta concepción según la cual el modo de intercambio es independiente del modo de producción.

Se puede comprender que el carácter enigmático de la moneda, en la que necesariamente debe metamorfosearse la mercancía, no se puede elucidar sino conociendo la naturaleza de la propia mercancía, aparentemente tan misteriosa.

\*\*\*

Es cierto que la producción y el intercambio de mercancías están condicionados por la división social del trabajo, pero esta división no implica necesariamente la formación de productos-mercancía. Marx cita el ejemplo de las comunidades primitivas en las que a pesar de que el trabajo estaba socialmente dividido los productos se consumían directamente y no perdían en ningún momento su aspecto inmediato de objetos de uso. Los diferentes trabajos no expresaban más que diversas funciones dentro del organismo social y los productores no eran más que órganos del mecanismo social, estrecha y recíprocamente dependientes. Del mismo modo, tal y como hemos dicho, la sociedad esclavista y luego la sociedad medieval conservaban unas relaciones de dependencia *personal* entre los amos y los esclavos, entre los señores y los siervos, entre los soberanos y los vasallos, relaciones que eran la base de la sociedad; los productos del trabajo no tenían por qué adoptar una forma aparentemente extraña, disimulando su realidad como objetos que se corresponden con ciertas necesidades.

El intercambio de productos transformados en mercancías se desarrolló paralelamente a la descomposición de las economías naturales. A través de un largo proceso histórico, los productores, al mismo tiempo que adquirían la cualidad de poseedores *privados* de los frutos del trabajo, se liberaron de su estado de dependencia social. Por otra parte, los diferentes trabajos individuales se ejecutaban cada vez más independientemente los unos de los otros, y si bien los productores reforzaban así su independencia económica en la medida en que se apropiaban del fruto de su trabajo, por otro lado la primitiva dependencia social se sustituía por otra: el desarrollo de la producción de riquezas y su intercambio transformaba el carácter del producto ante su productor y propietario; para éste ya no eran objetos destinados para su propio uso, sino que estaban destinados a intercambiarse por otros objetos diferentes, capaces de satisfacer sus necesidades. De manera que mientras que en las economías naturales era el reparto *directo* de los productos de un trabajo realizado en común lo que permitía hacer frente a las necesidades, el productor privado, en cambio, no podía satisfacer sus propias necesidades sino de manera indirecta, subordinándose al mercado.

Para su poseedor, el producto se convirtió pues en una mercancía en la medida en que para él ya no representaba un valor de uso, sino un valor de cambio con el cual podía obtener otro valor de uso que poder consumir. Y cuando la producción para satisfacer las necesidades se transformó totalmente en producción para el intercambio, se estableció entre los hombres una sola relación económica, la posesión de mercancías, y el valor de cambio empezó a reglamentar las relaciones entre los productores y a comparar sus múltiples trabajos privados.

El valor de cambio adquirió un carácter social que, superponiéndose al valor de uso del producto, permitía disimular la naturaleza física y la utilidad de éste, y el propio valor de cambio adoptó una apariencia material. El valor de cambio confirió así a la mercancía, dentro del circuito de los intercambios, un aspecto misterioso, mientras la *“relación social determinada que existía entre los hombres adquirió ante sus ojos la forma fantasmagórica de una relación entre objetos. Por eso, si queremos encontrar una analogía con este fenómeno, tenemos que remontarnos a las regiones nebulosas del mundo de la religión”*. Esto es lo que Marx llama *“el fetichismo de los productos del trabajo cuando estos aparecen como mercancías”* y que por tanto también afecta a la moneda, que no es más que una forma particular de la mercancía.

Pero el valor de cambio terminó convirtiéndose en una realidad social por el hecho de que permitía establecer una relación cuantitativa de intercambio entre valores de uso diferentes, permitiendo fijar la proporción en la que se podían intercambiar un cierto número de objetos de una especie con un cierto número de objetos de otra especie.

En el mercado, los productos, aunque físicamente eran completamente diferentes, podían intercambiarse como si fueran equivalentes, pues todos encerraban un elemento común: el trabajo; no el trabajo particular o individual que se concreta en un objeto material bajo la forma de valor de uso, sino trabajo general abstracto, que constituye la propia substancia del valor de cambio. Y la magnitud de valor de cambio de una mercancía no es más que la cantidad de trabajo *socialmente* necesario para su producción.

En su polémica con Bernstein, que afirmaba que la ley del valor trabajo no era más que una simple abstracción, Rosa Luxemburg le replicó que *“la abstracción de Marx no es una invención, sino un descubrimiento; y la abstracción no está en la cabeza de Marx, sino en la propia economía mercantil; no es algo imaginario, sino que tiene una existencia real y social, tan real que puede cortarse, pulirse, pesarse y amonedarse. El trabajo humano abstracto que descubrió Marx, en su forma desarrollada, no es más que el Dinero.”\**

De esta forma Rosa Luxemburg confirmó lo que Marx ya había afirmado, a saber: que la ciencia no había hecho más que *descubrir* la verdadera naturaleza del valor, mientras los hombres, al basar sus intercambios en la igualdad del valor de los productos, ya afirmaban *“sin saberlo”* que sus diversos trabajos eran iguales entre sí, en tanto que trabajo humano. Y Marx decía que *“el valor no lleva escrito en la frente lo que es, sino que transforma más bien todo producto del trabajo humano en un jeroglífico social. Luego, los hombres tratan de descifrar el sentido del jeroglífico y penetrar en el misterio de su propio producto social; al igual que ocurre en el lenguaje, la determinación de los objetos de uso como valores es un producto social”*. Además añadía que *“el tiempo de trabajo social no existe en las mercancías, por así decirlo, sino en estado latente, y no se manifiesta más que en su proceso de cambio; no se trata por tanto de una presuposición establecida de antemano, sino de un resultado al que se llega”*.

El hecho de que la magnitud del valor de una mercancía se mida por la cantidad de tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlo, implica necesariamente que el valor de cambio de un objeto es variable; aumenta o disminuye en la medida en que el progreso técnico (es decir, de la productividad del trabajo) disminuye o aumenta, por lo que el valor de cambio y la productividad del trabajo son inversamente proporcionales. Y una modificación en la medida del valor de una mercancía modifica necesariamente la proporción en la que se intercambia con otras mercancías, siempre que el valor de estas no se altere. En la

---

\* Rosa Luxemburg, *Reforma o revolución*.

sociedad capitalista, la cantidad de trabajo necesario y el valor de los objetos fluctúan constantemente bajo el efecto de la concurrencia.

La variación de los valores de cambio nos lleva a constatar que si bien actualmente el valor de uso de un kilo de pan trigo es idéntico al valor de uso que tenía hace varios siglos, no ocurre lo mismo con el valor de cambio. Este es precisamente otro aspecto más de esa dualidad interna de la mercancía entre valor de uso y valor de cambio, una dualidad que cuando se trata de la mercancía particular llamada Fuerza de Trabajo se desarrolla hasta transformarse en la contradicción fundamental del capitalismo.

\*\*\*

Si bien el tiempo de trabajo era en realidad la verdadera medida de los valores mercantiles, no por ello dejaba de ser necesario que en el proceso de cambio este tiempo de trabajo se materializara en una mercancía particular, que apareció como equivalente general, como medida de *todas* las otras mercancías, mercancía que adoptó la forma moneda, la forma *Dinero*, cuando la circulación de mercancías llegó a cierto estadio de desarrollo.

Pero el hecho de que una mercancía revistiera así una forma específica no significaba en absoluto que por ello perdiera su carácter de mercancía y su propio valor. Así como no es el intercambio el que determina la magnitud de valor de una mercancía, sino que es esta magnitud la que determina las relaciones de cambio, tampoco la moneda recibe su valor a través del intercambio; pues es el hecho de que como mercancía ya poseía un valor lo que le permitió convertirse en moneda. El dinero, por tanto, no podía ser un puro símbolo, no podía tener un valor imaginario o convencional, aunque en un determinado estadio de su desarrollo se remplazara por simples signos de papel, dando la impresión de que se trata de un simple signo.

Esto explica por qué *“todas las ilusiones del sistema monetario provienen de que no se comprende que el dinero representa una relación de producción social, y que lo hace bajo la forma de un objeto natural con unas determinadas propiedades”*.

En tanto que producto superior y complejo del desarrollo de la producción de mercancías, la moneda disimulaba aún más la relación social de los hombres, difuminada ya en el intercambio bajo una relación social entre las cosas; y así es como *“el enigma del dinero fetiche, en última instancia, no es más que el enigma de la mercancía fetiche, y el ciclo de la vida social, es decir, el proceso material de producción, no se despojará de su velo místico y nebuloso sino el día en que aparezca en su conjunto como un producto de los hombres libremente asociados que ejercen sobre él un control consciente y metódico.”*

El oro adquirió la función de moneda porque materializaba trabajo social en su forma más concentrada, pero también –debemos insistir en esto– porque ya existía como mercancía antes de adquirir su forma específica de moneda; se convirtió en moneda, pero *seguía siendo mercancía*, y por tanto, su valor seguía dependiendo y variando según la cantidad de trabajo necesario para su producción.

Por eso el oro pudo convertirse en la medida de los valores de todas las otras mercancías; una cierta cantidad de mercancías que reflejan un cierto tiempo de trabajo pueden materializar su valor en una cierta cantidad de oro que encierre el mismo tiempo de trabajo.

La variabilidad del valor del oro no alteraba para nada su función como medida de los valores, pues la verdadera medida es el tiempo de trabajo. Una alteración del valor, sea del oro o del resto de mercancías, lo único que hacía era modificar las relaciones de intercambio, ni más ni menos; pero mientras que la

variación del valor de una o varias mercancías sólo modificaba esta relación de manera limitada, cuando era el valor del oro el que se alteraba, la modificación de las relaciones de cambio se generalizaba. Y esto se explica por el hecho de que el oro era el equivalente general en el que todas las mercancías reflejaban su valor.

Hay que hacer un paréntesis, pues es importante subrayar que el valor del oro se modifica a un ritmo mucho más lento que el del resto de mercancías: en un siglo, los gastos de producción del oro han bajado relativamente poco, mientras que sabemos que la productividad del trabajo industrial y agrícola ha aumentado considerablemente bajo el impulso del desarrollo mecánico, estimulado por la concurrencia y la acumulación de capital.

Nos queda añadir que la noción de la variabilidad del valor del oro es esencial, tanto más en cuanto que esta noción tiende a oscurecerse cuanto más penetramos en la intimidad de la existencia del oro-moneda. Y así ocurrió que cuando la mercancía cuyo valor de cambio adoptó la forma de moneda, ya no apareció sino bajo la forma de *precio*. Pero que la mercancía se convirtiera en precio no significaba que entrara en la esfera de la circulación. El precio únicamente reflejaba que el producto que representaba una cierta cantidad de trabajo social estaba *dispuesto a intercambiarse* por una determinada cantidad de oro que reflejara la misma cantidad de trabajo: *“los precios son una invitación que las mercancías lanzan al dinero”*. O, si se prefiere, el precio no es más que la *“idealización en oro del valor de cambio de la mercancía, y cualquier propietario sabe que está lejos de haber convertido sus mercancías en oro cuando expresa su valor bajo la forma de precio o bajo la forma de oro imaginario, y no necesita ni una pepita de oro para poder evaluar en oro millones de valores de mercancías”*. Pero esto sólo sucedía al *evaluar* el valor de las mercancías, pues evidentemente el propietario no cambiaba sus mercancías más que por dinero contante y sonante (o por lo que hiciera las veces de dinero), y por tanto, la ecuación que planteaba cuando transformaba el valor de cambio de su producto en un precio en oro, todavía debía realizarse en el mercado. Esta ecuación no aparecía sino como un intento inicial de materializar trabajo “abstracto” y no podía concretarse si no se vencían las contradicciones que encerraba la producción de mercancías y, en una forma más aguda, la producción capitalista.

Cuando nos referimos al oro como medida de los valores, podemos constatar que aún no ha adoptado su aspecto material, la moneda aún no se ha transformado en piezas de moneda.

No adquiere este aspecto más que cuando el oro yuxtapone a su función de medida de los valores la de *unidad de medida*. Si teóricamente las mercancías se comparan y se miden recíprocamente según las diferentes cantidades de oro que representan, no pueden intercambiarse si no se relacionan todas con un cierto peso en oro, *establecido* convencionalmente y que se convierte en la unidad de medida de las diferentes cantidades de oro reflejadas en las mercancías. Libra, dólar, franco, no son sino los nombres que se dan a diversas unidades de medida que se toman como patrones de los precios<sup>1</sup>, del mismo modo que las subdivisiones de estos patrones se denominan chelín, centavo o céntimo.

Suponiendo que dos gramos de oro sean un dólar y que el precio de una mercancía sean cien dólares, podemos constatar que el este precio refleja dos cosas: por una parte, el *valor* de la mercancía equivale a doscientos gramos de oro, que equivalen por ejemplo a 200 horas de trabajo; y por otra la

---

<sup>1</sup> *“Considerado como medida de los valores y como patrón de precios, el dinero desempeña dos funciones radicalmente distintas. El dinero es medida de valores como encarnación social del trabajo humano; patrón de precios, como un peso fijo y determinado de metal.”* Marx, *El Capital* (Sección Primera, Capítulo III, Medida de valores).

*cantidad* de unidades monetarias que contiene esta cantidad de oro. Esta cantidad de unidades no influye para nada en el *valor* de las mercancías, sino que es el valor el que determina la cantidad de monedas por las que debe intercambiarse, pues el valor de cambio se ha transformado en una cierta cantidad de oro *antes* de que el oro se convierta en patrón de los precios. *“El oro, como medida de valores y patrón de los precios, tiene una forma determinada completamente diferente y la confusión entre ambos ha dado pie a las teorías más extravagantes”*.

Así como hemos visto que el oro, al cambiar de valor, no pierde su cualidad de medida de los valores, tampoco altera su función como patrón de los precios: si suponemos que el valor del oro se reduce a la mitad, las cantidades de oro que expresan los valores de cambio de todas las mercancías se doblarán, pero la relación entre el valor de estas diferentes cantidades de oro, *entre sí*, no variarán<sup>2</sup>. Los precios se doblarán pero su relación no se modificará. Por otra parte, mil gramos de oro seguirán siendo mil gramos de oro y tendrán diez veces más valor que cien gramos, así como mil dólares comprarán diez veces más que cien dólares.

Esta confusión entre el oro como unidad fija de medida y su variación como valor monetario ha dado lugar a la teoría cuantitativa, que ha tratado de definir las leyes de circulación de la moneda. Históricamente esta teoría adquirió consistencia tras el descubrimiento de las nuevas minas de oro, merced a un análisis defectuoso de las consecuencias que tuvo este descubrimiento; se creía que el precio de las mercancías se elevaba gracias a esta mayor cantidad de oro y plata que funcionaba como medio de circulación.

La teoría cuantitativa se enuncia sustancialmente de esta forma: los precios de las mercancías dependen de la *cantidad* de moneda en circulación. Montesquieu la defendió argumentando que *“el establecimiento de los precios de las cosas depende siempre fundamentalmente de la razón entre el conjunto de cosas y el conjunto de los signos”*. Luego la desarrolló Hume y más tarde Ricardo. Este último, aunque definió juiciosamente la sustancia del valor, se contradecía al analizar la moneda: *“El valor del dinero se determina por el tiempo de trabajo que se materializa en él, pero solamente mientras la cantidad de dinero mantenga una relación exacta con la cantidad y el precio de las mercancías a vender”*. De esta forma podemos ver que el propio Ricardo aceptaba implícitamente la hipótesis de que las mercancías, cuando entran en la esfera del cambio, no tienen precios, ni la moneda valor.

No hay que despreciar esta teoría, pues hoy muchos economistas y “planistas” la han adoptado para tratar de explicar la crisis del capitalismo y solucionarla. De Man, en Bélgica, recurre a ella cuando declara que *“si el dinero es demasiado ‘escaso’ se encarece en relación a las mercancías y hace que sus precios bajen”*. Y tampoco Léon Blum ha comprendido el análisis marxista de la moneda cuando considera que un aumento del stock mundial de oro se traduce en una subida general de todos los precios, citando como ejemplo la repercusión que tuvo en el siglo XIX el descubrimiento de las minas de oro de California y Australia sobre los precios.

La teoría marxista, que es diametralmente opuesta a la teoría cuantitativa, afirma que el movimiento de circulación de la moneda, lejos de determinar la circulación de las mercancías, está subordinado a ellas. De manera que: *“la cantidad de los medios de circulación viene determinada por el precio total de las mercancías en circulación y por la velocidad media de circulación de la moneda”*. Es más, los precios suben o

---

<sup>2</sup> En efecto, si partimos, por ejemplo, de que 1 abrigo = 2 pantalones = 10 horas de trabajo = 10 gr. de oro y a continuación el valor del oro se reduce a la mitad (es decir que ahora 1 gr. de oro ya no equivale a una hora de trabajo, sino a media hora), tendremos que 1 abrigo = 2 pantalones = 10 horas de trabajo = 20 gr. de oro.

bajan no porque circule más o menos oro, sino que la cantidad de oro que circula aumenta o disminuye porque los precios suben o bajan. En caso de que circule “demasiado oro” para las necesidades de la circulación de las mercancías, el excedente simplemente se retirará del circuito de intercambios y se atesorará. Y al revés, si la masa de moneda no basta para el desarrollo de los intercambios, el equilibrio podrá restablecerse poniendo en circulación, en caso de que escasee el oro, signos monetarios que no dejarán de representar moneda real *si su origen se debe a causas económicas*.

Para resumir las causas fundamentales de la fluctuación de los precios<sup>\*</sup>, podemos decir que:

Los precios subirán de manera *general* si, por una parte, el valor del oro baja, suponiendo que el valor del resto de mercancías permanece constante; o por otra parte, si sube el valor de *todas* las mercancías y el valor del oro permanece constante.

En caso de la bajada general de los precios, el razonamiento sería el inverso.

Es evidente que este enunciado se atiene a los precios de las mercancías y no al “precio” del oro, por la excelente razón de que el oro *no tiene precio* en tanto que moneda; su valor no puede expresarse en su propia sustancia, pues decir que 100 francos es el precio de 5 gramos de oro no quiere decir nada. El oro sólo tendría un precio si se reflejara en una mercancía específica que se empleara como moneda, pero esa es precisamente su propia función. En realidad el oro tiene tantos “precios” como tipos de mercancías por las que se puede intercambiar.

\*\*\*

Hemos explicado que la mercancía no tenía valor de uso para su propietario, y que para que esto sucediera tenía que entrar en la esfera de los intercambios para realizarse como valor de cambio. Por tanto, para el propietario no tenía valor más que en la medida en que podía sustituirla por moneda, que se convertía para él en el equivalente general de una mercancía cualquiera. Como hemos dicho, se empieza por trasponer el valor de cambio de su producto en una cantidad de oro imaginaria: se le pone un precio. Pero: *“la existencia del valor de cambio como precio, o del oro como medida del valor, implica que es necesario enajenar esa mercancía por oro contante, así como la posibilidad de su no-enajenación; resumiendo, toda la contradicción surge del hecho de que el producto es mercancía, es decir, de que el trabajo especial del individuo privado, para tener un efecto social, debe manifestarse en su contrario inmediato, en trabajo general abstracto”*.

La cantidad “teórica” de oro que contenía un determinado valor de cambio, que se *anticipa* en su precio, podía no coincidir con la cantidad de oro realmente obtenida en el intercambio, es decir, con el precio de mercado. Era en el crisol del mercado donde se verificaba si el valor de cambio de una mercancía o la cantidad de trabajo que contenía se correspondía o no con la cantidad de trabajo *socialmente necesario* para su producción. El juego de la oferta y la demanda, así como la concurrencia, eran las que determinaban la transformación del valor en valor de mercado, y esto reflejaba además las contradicciones que desarrolla el sistema capitalista de producción, que confirmaban la existencia de diferentes clases y capas sociales que se repartían el producto total de la sociedad y lo consumían, provocando así la extensión de la demanda: *“el antagonismo entre la mercancía y la moneda es la forma abstracta y general de todos los antagonismos que contiene el trabajo burgués”*.

---

<sup>\*</sup>Nos referimos al precio teórico correspondiente al valor, y no al precio de mercado, que como veremos puede ser diferente.

En la circulación simple de las mercancías, la independencia de estas dos acciones, la compra y la venta, su dislocación, abrían ya la posibilidad de que se produjera un desequilibrio en el intercambio y señalaban la clara diferencia que existía entre este tipo de circulación y el simple intercambio *directo* de los productos. A pesar de la multiplicación de las compras y las ventas y de la incesante metamorfosis de las mercancías, la moneda terminaba siempre en manos de un tercero porque el vendedor de una mercancía no tenía necesariamente que comprar otra mercancía al mismo tiempo. Pero fundamentalmente, el móvil era el mismo: intercambio de una mercancía para obtener otra mercancía, que se convierte en valor de uso.

Si bien el movimiento de las mercancías comenzaba necesariamente con la venta de un no-valor de uso, generalmente terminaba con la compra de un valor de uso que, al consumirse, salía de la circulación<sup>3</sup>. Aunque el circuito se podía interrumpir, aunque la renovación del movimiento podía no efectuarse inmediatamente, la situación de espera que adquiría el oro en forma de moneda y la interrupción de su función como medio de circulación eran algo accidental. El conflicto entre el poseedor de mercancías y el poseedor de dinero permanecía, pues, en unos estrechos límites, sin llegar a adquirir las formas violentas que surgen en las crisis económicas que sacuden la sociedad capitalista.

Y esto era así porque el oro, que ya funcionaba como medida de valor, patrón de los precios y medio de circulación, aún no funcionaba como capital.

\*\*\*

El Capital surgió del dinero cuando los intercambios adquirieron tal grado de desarrollo que hicieron posible el enriquecimiento bajo la forma de acumulación de dinero<sup>4</sup>.

La tentación de limitarse a efectuar la primera operación de la circulación, la venta, fue aumentando cada vez más, para así poder retener el producto, el dinero. Con la extensión de los intercambios aumentó también, pues, el poder de la moneda, que iba apareciendo cada vez más como el representante tangible de la riqueza material: *“El instinto de atesoramiento, por su propia naturaleza, carece de medida. Desde el punto de vista de la calidad o de la forma, la moneda no tiene límites y permanece como el representante general de la riqueza material porque puede transformarse directamente en cualquier mercancía”*.

Sin embargo, el atesoramiento no adquirió un significado concreto más que cuando el dinero se convirtió en capital mediante un cambio en la forma de circulación de las mercancías.

El movimiento ya no consistía en transformar la mercancía en dinero y luego el dinero en mercancías, sino al contrario, en convertir el dinero en mercancía y ésta de nuevo en dinero<sup>5</sup>.

---

<sup>3</sup> La forma directa de circulación de mercancías se expresa  $M - D - M'$ , es decir, la transformación de mercancía ( $M$ , sin valor de uso para el propietario) en dinero ( $D$ ) y éste nuevamente en mercancía ( $M'$ , con valor de uso, que se consume y se retira de la circulación).

<sup>4</sup> *“La circulación de mercancías es el punto de arranque del capital. La producción de mercancías y su circulación desarrollada, o sea, el comercio, forman las premisas históricas de las que surge el capital. La biografía moderna del capital comienza en el siglo XVI, con el comercio y el mercado mundiales.”* Marx, *El Capital* (Sección Segunda, Capítulo IV, La fórmula general del capital).

<sup>5</sup> La forma directa de circulación de mercancías:  $M - D - M'$  implica ya en sí misma la posibilidad del ciclo  $D - M - D'$ . Aquí ya no se trata de *vender para comprar*, sino de *comprar para vender*, o mejor dicho, comprar barato para vender caro, pues si  $D = D'$  el ciclo carecería de sentido. El fin ya no es obtener un valor de uso, sino valor de cambio. Este proceso, que históricamente se inicia bajo la forma de capital comercial, adquiere pleno desarrollo y significado al

El ciclo comenzaba pues en la compra para acabar en la venta. Y en el propio curso de este ciclo el dinero se convertía en capital, aumentando el resultado final, el excedente, la plusvalía, que no obstante no podía provenir de la propia circulación<sup>6</sup>.

Sabemos que fueron necesarias un conjunto de condiciones para que el dinero se transformara en capital. Tenía que surgir una mercancía particular, la fuerza de trabajo cuyo uso crea valor.

Desde que apareció el Capital, el dinero no sólo se convirtió en el objeto de enriquecimiento, sino en el objeto por excelencia; el aumento del valor de cambio, la valorización del valor, se convirtió en objetivo en sí mismo, mientras que el valor de uso, y con él las necesidades, perdieron toda apariencia de existencia: *“El valor sale de la circulación, entra en ella de nuevo, se conserva y se multiplica, sale de ella aumentado y el ciclo ‘Dinero-Dinero’ se reinicia sin cesar, el dinero que incuba dinero”*.

El capitalismo no puede “crear” valor sin dejar de lanzar dinero a la circulación, haciendo que funcione como capital.

Al comparar estas dos formas de circulación de las mercancías, la simple y la capitalista, resulta que en ésta última el dinero-moneda, como medio de circulación, se eclipsa cada vez más ante el dinero-capital. En la primera forma del ciclo, el dinero-moneda no hacía más que circular de mano en mano, abandonando *definitivamente* las del comprador para entrar en las del vendedor, y así sucesivamente.

En cambio, en la circulación capitalista, el dinero es el punto de partida del ciclo, el devenir del capital, por el hecho de que compra mercancías (máquinas, materias primas y fuerza de trabajo) que al transformarse y revenderse retornan bajo la forma de dinero con un valor incrementado al punto de partida, al bolsillo del capitalista que lo había adelantado previamente. En la forma simple de la circulación, la compra completa la venta; en la forma capitalista, la venta completa la compra. De ahí que *“la diferencia palpable y sensible que existe entre la circulación del dinero como capital y su circulación como simple moneda”* no es sino consecuencia de la diferencia que existe entre una producción en la que el productor vende sus mercancías para transformarlas en medios de subsistencia y la producción capitalista, en la que el consumo desaparece tras el objetivo de la producción de plusvalía. Aquí hay un *“único”* productor: el capitalismo\*, y la relación de los productores individuales a través del mercado ha desaparecido y ha dado lugar a una relación antagónica entre el proletariado, que detenta una mercancía de naturaleza particular: la Fuerza de Trabajo, creadora de valor, y el capitalismo, propietario de todas las *otras* mercancías (medios de producción, materias industriales y alimentarias), incluida el oro, bajo el doble aspecto de mercancía y de moneda.

---

transformarse en capital industrial, en el que la mercancía (M) que media el proceso es la fuerza de trabajo, creadora de valor y de la plusvalía que va a parar al capitalista.

<sup>6</sup> *“La creación de plusvalía y, por tanto, la transformación del dinero en capital, no puede, como se ve, tener su explicación en el hecho de que el vendedor venda las mercancías por más de lo que valen o el comprador las adquiera por menos de su valor. [...] Afirmar que la plusvalía del productor tiene su origen en el hecho de que los consumidores pagan la mercancía por encima de su valor, equivale a mantener esbozadamente la sencilla tesis de que los poseedores de mercancías tienen, como vendedores, el privilegio de vender demasiado caro [...] La circulación o el cambio de mercancías no crea valor”*. Marx, *El Capital* (Sección Segunda, Capítulo IV, Cómo se convierte el dinero en capital).

\* Evidentemente dejamos al margen a las masas de productores independientes (campesinos, artesanos) que sobreviven aún en la sociedad burguesa, que son inevitable y progresivamente absorbidos por una u otra de las clases fundamentales.

Y como en cualquier economía mercantil precapitalista, bajo el régimen capitalista el reparto del poder adquisitivo y de la moneda no es más que el reflejo del reparto de los productos mercancías que se deriva del propio carácter privado de la propiedad. Sin embargo hay una diferencia fundamental; el capitalismo es el único comprador de la Fuerza de Trabajo. Por tanto, el proletariado no obtendrá moneda sino en la medida en que logre vender su fuerza de trabajo, mercancía que para él no representa ningún valor de uso, puesto que no posee los medios para ponerla en movimiento. Es el capitalismo el que, al consumir esta Fuerza de Trabajo, logra un valor superior al que ha desembolsado en forma de salario, aunque éste sea equivalente al valor de la fuerza de trabajo. El capitalismo tiene la llave del poder adquisitivo del obrero. La naturaleza y las exigencias de la producción capitalista determinan la extensión de este poder adquisitivo.

En cuanto al precio de la Fuerza de Trabajo, al igual que ocurre con cualquier mercancía, no es más que la expresión monetaria de su valor de cambio, es decir, del valor de los productos necesarios para su reproducción. Este valor es el eje alrededor del cual fluctúa el salario bajo la presión de la oferta y la demanda del mercado de trabajo, por una parte, y de la correlación de fuerzas ente la Burguesía y el Proletariado por otra.

Ni que decir tiene, pues, que, dejando al margen la influencia de estos factores, “teóricamente” el precio de la Fuerza de Trabajo también varía con los cambios en el valor del oro, bajando cuando el oro sube y subiendo cuando éste baja. Pero la historia nos enseña que la depreciación monetaria siempre incita a la burguesía a robar al obrero, llevando el precio de la Fuerza de Trabajo por debajo de su valor.

Cuando el obrero es expulsado de la esfera de la producción en los periodos de crisis, se encuentra, por tanto, privado del poder adquisitivo que le da el salario, y cae bajo absoluta dependencia de la Burguesía, que no intervendrá en los costes de su manutención (en forma de subsidios de desempleo o seguros privados) sino dentro de los límites estrictamente indispensables para cubrir sus mínimas necesidades fisiológicas.

La extensión del poder de compra de la clase obrera está pues estrictamente condicionada por las necesidades de valorización del Capital; cualquier aumento de este poder adquisitivo se traduce automáticamente, no ya en una subida del precio del resto de mercancías, como a menudo se supone, sino en una reducción de la ganancia capitalista. Aquellos que se reclaman del proletariado y que hoy pregonan unas medidas que supuestamente permitirían aumentar el consumo de los obreros sin acarrear estas consecuencias, se sitúan por ignorancia o por interés del lado de la burguesía. Tal y como veremos, las “políticas” monetarias no tienen más objetivo que llevar a cabo un desplazamiento de las rentas en exclusivo beneficio de la clase dominante y solamente favorable a su fracción más avanzada: el Capital Financiero.

\*\*\*

Si bien es verdad que la moneda ha existido y jugado un papel más o menos importante antes de que existiera el Capital, el Trabajo Asalariado y los Bancos, no ha podido adoptar esas formas aparentemente complejas que conocemos hoy más que bajo el impulso del desarrollo, a escala mundial, de la producción capitalista y la circulación de mercancías; los billetes de los bancos, los pagarés comerciales, los cheques o la moneda escrituraria, no son más que instrumentos que impone el mecanismo cada vez más complejo de las relaciones sociales bajo sus formas capitalistas.

Pero todas estas nuevas formas monetarias derivan directamente del hecho de que el oro, progresivamente, se ha ido retirando como medio de circulación que aparecía bajo la forma de numerario, de piezas de metal acuñadas con múltiples denominaciones.

Por razones técnicas y también porque se desgastaba rápidamente, el oro se retiró en primer lugar de las esferas de la circulación en las que el curso de la moneda era más activo y más rápido, siendo remplazado por piezas de plata y cobre. El carácter simbólico de estas piezas no se mostró inmediatamente, pues aún presentaban una apariencia de valor, aunque no eran más que representantes del valor de cambio en lugar de ser la materialización de ese valor, como ocurría con el oro.

Con los billetes de banco, ya no había duda de que no se trataba más que de un simple *signo* monetario que representaba el valor, cuyo soporte seguía siendo el oro. Pero: *“En apariencia el signo de valor representa inmediatamente el valor de las mercancías, pues no se presenta como signo del oro, sino como signo del valor de cambio, que se expresa simplemente en los precios y que no existe más que en las mercancías. Ahora bien, esta apariencia es falsa. El signo del valor no es directamente más que el signo del precio y por tanto el signo del oro, y solamente por este rodeo llega a ser signo del valor de las mercancías. El oro compra con su sombra.”*

Cuanto más se alejan las formas monetarias de su base-oro, más parecen adoptar una existencia *en sí*, y más aumentan las ilusiones monetarias; y esto se debe a que con el desarrollo de la circulación de los signos de valor y la progresiva desaparición del oro como medio de circulación dentro de cada economía nacional, todas las leyes que rigen la circulación de la moneda real parecen desmentirse y desquiciarse completamente, dando la impresión de que el papel tiene valor en sí mismo, cuando en realidad, al igual que el oro circulaba como moneda porque tenía un valor propio, el papel no adquiere valor más que por el hecho de que circula como representante del oro.

\*\*\*

Hemos visto que al oponerse claramente a la teoría cuantitativa, la ley marxista de la circulación monetaria afirma que la cantidad de oro circulante depende del valor de las mercancías. En cambio, el valor de los billetes no depende más que de la cantidad de estos que circula. Mientras esta cantidad se corresponda con la cantidad de oro que circularía normalmente, el papel conserva el valor que le asigna su función. Pero si se viola esta ley de proporcionalidad y si por tanto la cantidad de billetes excede las necesidades de la circulación de mercancías, “creándose” moneda por causas que *no fuesen económicas*, esta masa excesiva de billetes continuaría no representando más que la cantidad de oro económicamente indispensable. Es decir, que si la masa de billetes se doblase, cada unidad monetaria de *papel* no representaría más que una cantidad de oro equivalente a la mitad de la cantidad primitiva. Cuando era el oro el que circulaba, el oro excedente simplemente era retirado de la circulación, pero con el exceso de billetes ocurre lo contrario, si no pueden convertirse en oro se convierten en mercancías; la demanda de éstas se doblaría artificialmente y por tanto los precios también se doblarían. Existiría *inflación* de billetes porque su emisión superaría las necesidades económicas y se efectuaría en el vacío, como si se emitiese un cheque sobre una cuenta bancaria en la que no hay ni un céntimo; con la diferencia de que el pago del cheque se rechazaría mientras que el papel-moneda es de curso forzoso. La circulación “sana” de billetes no puede moverse, por tanto, más que en unos límites estrictamente determinados y esta condición obliga a darles una sanción legal que no puede imponerse más que en interior de las fronteras nacionales.

El oro, como medio de circulación, adquiere así dos formas que se contradicen cada vez más con la propia evolución del Capitalismo: una, su forma pura, material, que continuaría siendo el único aspecto bajo el cual aparecería como instrumento internacional para los intercambios y medio de pago (al margen de los instrumentos más desarrollados como las letras de cambio); la otra, su forma papel que circula en el interior de cada nación capitalista, donde puede identificarse con el oro dentro de los límites de una emisión normal, mientras que su valor internacional se rige por su cotización.

Desde hace 20 años asistimos a este fenómeno aparentemente paradójico que consiste en la práctica desaparición del oro de la esfera de la circulación interior, mientras la masa de oro continúa aumentando considerablemente. Entre 1901 y 1929, la producción de oro llegó a ser más de la mitad de las reservas mundiales que existían al final de este periodo; es decir, en menos de 30 años se extrajo más oro que en el transcurso de todos los siglos precedentes. Durante la crisis mundial, el aumento de la producción incluso superó el ritmo del periodo de expansión precedente. Y sin embargo, el oro desapareció ante los ojos del común de los mortales. Fijándonos sólo en Francia, hundida bajo el peso de una masa de oro equivalente a casi 100 mil millones de francos, en 1934 los pagos del Banco de Francia se efectuaron como sigue: 0.2% en oro, 7.8% en billetes y 92% en cheques transferidos.

La diferenciación que se operó en la circulación monetaria mundial entre la esfera de la circulación nacional y la esfera de la circulación internacional, creó entre los precios interiores de las mercancías y sus precios mundiales una oposición que se fue acentuando con el desarrollo del sistema crediticio y de la moneda como instrumento de pago. El mecanismo monetario de los intercambios se escindió definitivamente en dos ramas cuando estalló la primera guerra imperialista.

\*\*\*

Junto al sistema de emisión de billetes de banco, primera forma de moneda crediticia y que por esta razón se denomina moneda fiduciaria, se constituyó un mecanismo extremadamente complejo y delicado cuyo origen se debía a la creciente importancia que iba adquiriendo la función de la moneda como medio de pago. El sistema crediticio era un instrumento que respondía a las necesidades de una circulación de mercancías en la que el intercambio con pagos en diferido se había vuelto la forma predominante de los intercambios; la mercancía se convirtió así en valor de uso *antes* de transformarse en moneda real, desapareciendo de la circulación antes incluso de haberse pagado. La moneda solo aparecía en el plazo establecido, ya no como medio de circulación, sino como medio de pago, e incluso lo más normal era que como tal no apareciera sino como capital prestado.

Eso explica porque, en el curso de su desarrollo, el sistema crediticio y el sistema bancario se influían recíprocamente.

El Crédito se convirtió en un potente factor de aceleración de la transformación del dinero en capital, mientras que el atesoramiento, en lugar de seguir siendo un absurdo y estéril amontonamiento de dinero, se convirtió en una fecunda acumulación de capital. El Capitalismo se bebía los “ahorrillos” y tesoros privados; se metía en el bolsillo el ahorro y los pequeños ahorradores se consolaban pensando que ellos eran los “acreedores” y que los capitalistas eran sus “deudores”.

El Crédito fue el motor infernal del prodigioso desarrollo del sistema de producción burguesa en todas sus complejas formas. *“La función específica del crédito, en general, consiste en eliminar todo resto de rigidez en todas las relaciones capitalistas, en introducir por doquier la máxima elasticidad posible, haciendo*

*que todas las fuerzas capitalistas sean extensibles, relativas y sensibles en el mayor grado posible. Aumenta la capacidad de extensión de la producción y facilita los intercambios. Supera los límites de la propiedad privada fusionando en un solo capital un gran número de capitales privados. Acelera los intercambios de mercancías, el reflujo de capital a la producción y el ciclo del proceso de producción. Aumenta de manera inconmensurable la capacidad de extensión de la producción y constituye la fuerza motriz interna que la impulsa constantemente a superar los límites del mercado”\**.

Y no fue una simple coincidencia histórica que en el último cuanto del siglo XIX la extensión del sistema crediticio coincidiera con la expansión imperialista del capitalismo, que agotando los últimos mercados extra-capitalistas llevaba el mercado mundial a sus límites extremos.

El Crédito, dada la complejidad de sus febriles y múltiples actividades, no podía sino desarrollar las contradicciones capitalistas y profundizar el antagonismo entre el modo de producción y el modo de intercambio mediante la hipertensión del aparato productivo, por un lado, y la extrema sensibilización del mecanismo de los intercambios por el otro; entre el modo de producción y el modo de apropiación; “socializaba” el capital, que por su propio carácter se oponía cada vez más al modo de apropiación individual que no obstante continuaba subsistiendo bajo la forma de un simple título de propiedad, una acción o una obligación que no procuraban más que una fracción de la ganancia. El crédito aceleró, en fin, el ritmo de concentración y centralización de los capitales y de las fuerzas productivas en unas pocas manos, expropiando progresivamente a los pequeños capitalistas.

El mecanismo del crédito, desparramado en multitud de ramificaciones hipersensibles, también tenía que activar de manera prodigiosa el “retorno de llama” que provoca la explosión de la crisis económica. Cuando surgía la debacle de los precios, el crédito se fundía como la nieve al sol, se negaba a quien lo demandaba, aparecía allí donde era inútil, cundía el pánico, activaba la descomposición general, aceleraba la crisis monetaria que se superponía a la crisis general<sup>7</sup> y precipitaba aún más la depreciación de los precios: *“la mercancía ya no tiene valor de uso, el valor desaparece ante su forma. Hace tan sólo un instante, el burgués henchido de vanidad y orgulloso de su prosperidad declaraba que la moneda no era más que una vana ilusión. ¡La mercancía es la única moneda!, decía. ¡La moneda es la única mercancía!, es el grito que domina ahora el mercado. Igual que brama el ciervo sediento ante la fuente de agua viva, el alma de nuestro burgués llama hoy a gritos a la moneda, la única riqueza.”*

El sistema monetario recupera entonces su predominio sobre el sistema crediticio y el oro reaparece como el amo, la única forma natural en la que se concreta la riqueza abstracta.

Pero como el oro sin embargo sigue siendo invisible e inaccesible, se llega a la conclusión de que hay escasez de moneda. La crisis monetaria no es más que el corolario de la crisis económica, pero parece que es

---

\* Rosa Luxemburg, *Reforma o Revolución*.

<sup>7</sup> *“La función del dinero como medio de pago encierra un brusca contradicción. En la medida en que los pagos se compensan unos con otros, el dinero sólo funciona idealmente, como dinero aritmético o medida del valor. En cambio, cuando hay que hacer pagos efectivos, el dinero ya no actúa solamente como medio de circulación, como forma mediadora y llamada a desaparecer en la asimilación, sino como la encarnación individual del trabajo social, como la existencia autónoma del valor de cambio, como la mercancía absoluta. Esta contradicción estalla cuando se producen las crisis comerciales y de producción a las que se denomina crisis de dinero. [...] Tan pronto como este mecanismo sufre una perturbación general, sea la que fuere, el dinero se trueca brusca y súbitamente de la forma puramente ideal del dinero aritmético en dinero contante y sonante. El valor de uso de la mercancía se desvaloriza y su valor desaparece ante su propia forma de valor. [...] La crisis exalta en unos términos de contradicción absoluta el divorcio entre la mercancía y su forma de valor, o sea, el dinero”.* Marx, *El Capital* (Sección Primera, Capítulo III, Dinero).

al revés y que ésta es consecuencia de la crisis monetaria. A si pues, para los “problemas” monetarios se proponen “remedios” monetarios. ¿Acaso no hemos visto recientemente al “marxista” Blum afirmar que el “desorden” monetario complica y agrava los efectos de la crisis mundial y que “*no es nada absurdo ni extraordinario tratar de aliviar los efectos de la crisis remediando este desorden*”?

Como la considerable ralentización de la velocidad de circulación de la moneda fruto de la compresión masiva del volumen de los intercambios provoca que salga de la circulación una considerable cantidad de moneda, se piensa que este fenómeno se debe a que los medios de circulación son insuficientes. Ahora bien, en la crisis, la masa de los medios de intercambio bien puede permanecer constante, o incluso aumentar si la velocidad de circulación de la moneda se reduce en la misma proporción o más rápidamente que los precios, o bien si la masa de mercancías aumenta en la misma proporción o más rápidamente que la bajada de los precios (gracias a la acumulación de stocks, por ejemplo)<sup>8</sup>.

Por otro lado, se intenta explicar la bajada de los precios como consecuencia de la valorización del oro, del “excesivo” aumento de su poder adquisitivo, una acusación que se generalizó en el transcurso de la crisis mundial.

En cuanto a presentar la bajada catastrófica de los precios como expresión de la contradicción fundamental de la producción capitalista, como la demostración empírica de que se había producido demasiadas mercancías en relación a la estrecha base del reparto, la Burguesía y sus lacayos socialdemócratas preferían no hablar del tema.

Respecto a esta pretensión de que el descenso general de los precios es consecuencia de la subida del valor relativo del oro, podríamos decir, como ya subrayaba Engels con ironía, ¡¡¡“*que los altibajos de los precios provienen de sus periódicos altibajos*”!!!

Pero esencialmente estas acusaciones contra el oro se debían a que la bajada prolongada e ininterrumpida en los precios suponía ventajas para los “acreedores” de los que hemos hablado antes, es decir, para la masa de los ahorradores así como para los poseedores de billetes.

El Sr. Delaisi, el fabricante de planes, acudiendo en auxilio del angustiado Capitalismo, afirmó que “*lo que nos ha demostrado la experiencia es la extremada movilidad del peso en oro que se obtiene por la misma cantidad de mercancías con unos años de diferencia*”. Podríamos replicar al Sr. Delaisi que si el valor del oro varía, es más bien en el sentido de una reducción de su valor, pues muy probablemente el coste de producción del oro tiende a disminuir y por tanto su poder de compra decrece y no aumenta, y entonces el resultado (difícil de comprobar, por otra parte) sería que se frenaría a la bajada de los precios.

Se trata del mismo fenómeno que a finales del siglo XIX trajo la ralentización del ritmo de descenso de los precios que provocaba el aumento de la productividad del trabajo, ralentizando también por tanto la caída de la tasa de ganancia.

\*\*\*

---

<sup>8</sup> La masa de dinero que funciona como medio de circulación es equivalente a la suma de los precios de las mercancías dividida por el número de rotaciones de las monedas que representan igual valor. Por tanto, si la velocidad de circulación de la moneda (nº de rotaciones) se reduce en la misma proporción que los precios, la masa monetaria permanecerá constante. Lo mismo ocurre si el descenso de los precios de las mercancías se compensan con el aumento del volumen (cantidad) de éstas.

La primera guerra imperialista de 1914-1918 operó un “saneamiento” gigantesco de la economía capitalista, obstruida por los enormes excedentes de capitales acumulados en el transcurso de su expansión imperialista y colonial. El mercado mundial saturado de mercancías fue sustituido por el mercado insaciable de la guerra, en la que se consumieron masivamente medios de producción y fuerzas de trabajo, trabajo muerto y trabajo vivo. La reproducción progresiva, ampliada, el consumo productivo, fue sustituida por una producción en retroceso y restringida al consumo destructivo. El capitalismo devoró su propia sustancia. No sólo es que las destrucciones y los gastos de la guerra se tragaran la mitad de la riqueza total que existía en 1914 en los Estados que participaron en ella, sino que la tensión del aparato económico enfocado a la producción bélica redujo también las rentas nacionales en un 40%; pero es más, el 50% de esta renta ya reducida se dedicó, en forma de impuestos, a financiar casi un tercio de los gastos totales, comprimiendo así el nivel de vida de las masas no combatientes al mínimo fisiológico indispensable. Los otros dos tercios restantes de los gastos se sacaron del capital social existente; las riquezas *consumidas* así definitivamente fueron remplazadas por un capital ficticio que adoptó dos formas esenciales: el papel-moneda y los títulos de crédito.

Aunque se destruyó la mitad del capital social, hubo que invertir capital para producir el trabajo futuro. Así fue como en 1920 dos tercios de las riquezas que habían sobrevivido a la tormenta estaban hipotecadas por las deudas del Estado. Comparado con 1914, los billetes en circulación y los títulos de crédito se habían multiplicado por diez.

La capacidad de compra necesaria para el mercado bélico la “creó” el Estado burgués drenando sistemáticamente el ahorro y comprimiendo los fondos para el consumo mediante impuestos. Si bien las formas de esta vasta concentración de riquezas para su posterior destrucción variaban de una nación a otra, en último término lo que hacía el Estado totalitario, que simbolizaba a todos los imperialismos, no era más que sustraer de la circulación las mercancías indispensables para lograr sus objetivos específicos, sustituyéndolas con papeles escritos que prometían su restitución y que salvaguardaban nominalmente el principio de la propiedad privada a la vez que disimulaban la definitiva expropiación de los acreedores del Estado y los poseedores de billetes, para el exclusivo beneficio del capital imperialista.

Excepto en los Estados Unidos, el oro desapareció prácticamente de la circulación desde el inicio de la guerra, al mismo tiempo que se suspendía la convertibilidad en oro de los signos monetarios. El capitalismo, limitando sus emisiones de billetes, logró evitar una inflación que le habría debilitado al provocar desorden económico. Prefirió recurrir a la inflación crediticia, cuyos efectos sobre la economía eran menos peligrosos.

En general, el proceso de financiación se desarrolló como sigue: el Estado, para procurarse el dinero necesario, hacía sangrías sucesivas en la economía mediante emisiones de empréstitos a corto plazo que más tarde eran convertidos y “consolidados” en préstamos a largo plazo. Inglaterra y Francia aún podían recurrir a los créditos que no dejaba de ofrecerles los Estados Unidos. El gobierno inglés pudo colocar sus Bonos del Tesoro con la ayuda de los bancos, que ofrecían a los particulares créditos dedicados su compra. El gobierno francés cubrió sus necesidades, por una parte, con los adelantos del Banco de Francia; en realidad el Banco no tenía nada, pero creaba moneda por cuenta del Estado; el Banco, colocando entre sus activos sus créditos al Estado, obligaba a éste a respaldar los billetes emitidos en lugar del oro y de los valores oro que hubiese poseído si estas emisiones hubiesen sido la contrapartida de una transacción económica. Por otra parte, el Estado empezó a emitir masivamente los Bonos llamados de “Defensa Nacional”, reembolsables a corto plazo y cuya circulación revistió un carácter monetario.

En los Estados Unidos, que no entraron en guerra sino después de haber absorbido las ganancias, el oro continuó circulando y las nuevas emisiones monetarias necesarias para la intervención militar siguieron estando respaldadas por el oro, cuyas reservas se cuadruplicaron de 1913 a 1918. Al igual que en Inglaterra, los empréstitos se suscribieron mediante adelantos bancarios a la población.

En Alemania no fue posible recurrir a los créditos exteriores y fue el fondo nacional el que tuvo que proveer íntegramente las necesidades financieras. En 1918 la circulación monetaria, triplicada desde 1914, estaba esencialmente garantizada por los fondos del Estado, y los gastos de la guerra se pagaban exclusivamente mediante empréstitos internos, que a la sazón equivalían a dos tercios del capital total existente en 1914.

\* \* \*

Los problemas monetarios que el capitalismo regresivo tuvo que resolver tras la guerra deben examinarse teniendo en cuenta las fases de su evolución económica y política. La inflación acompañó las agitaciones revolucionarias surgidas de la masacre; el reflujo de la ola proletaria coincidió con el saneamiento monetario y el sistema capitalista recobró un equilibrio relativo; en resumen, la política intervencionista en el terreno monetario se debió a la necesidad que tenía el capitalismo de sobrevivir históricamente.

A partir de comienzos de 1919 se abrió una corta fase de expansión ficticia cuyo carácter especulativo se reveló por el hecho de que la rápida subida de los precios no vino acompañada en modo alguno por el correspondiente aumento de la producción. Prolongó la época de "prosperidad" de la guerra, pues había que sustituir la producción bélica por la producción de tiempos de "paz", para así garantizar las necesidades más urgentes de mercancías para el consumo. Políticamente, esta reanudación económica, que reintegró en la esfera productiva a las riadas de desmovilizados, contribuyó a las derrotas obreras. Y aún se aceleró más bajo el impulso del aumento continuo de papel-moneda y de capitales ficticios que respondían a las urgentes necesidades fruto del fin de la guerra. Mientras la reactivación ayudaba a la burguesía internacional, se dejó de destruir capital europeo al mismo tiempo que se acentuaba la descomposición de los artificiales mecanismos monetarios construidos en el seno de las economías de guerra. Toda la potencia inflacionista acumulada y contenida por el aparato estatal durante la guerra se transformó en una fuerza destructiva que amenazaba toda la economía capitalista. Al igual que en el pasado, la inflación fue contemporánea de grandes conmociones sociales; el desorden inflacionista que se desarrolló tras la Primera Guerra Mundial mostró la elevada temperatura que había alcanzado el clima social en aquella época. Pero si bien esto, estableciendo paralelismos, recordaba a la gran experiencia inflacionista por la que pasó la Revolución Francesa, es importante sin embargo no olvidar que en este caso el asignado, en manos de la burguesía como clase revolucionaria, fue más bien un arma política dirigida contra una clase reaccionaria que un instrumento financiero; la creación de asignado aceleró la venta de bienes del clero y la hizo irrevocable, pues como confesó uno de los protagonistas de aquella época: *"se trataba de arrebatarse toda esperanza a los enemigos de la Revolución y encadenarles al nuevo orden por su propio interés"*. Así, en cierta medida, en el caso francés la inflación jugó un papel progresista y revolucionario.

En 1918, cuando esta misma burguesía ya se había convertido en una clase retrógrada que había cumplido su tarea histórica, sucedió todo lo contrario: si esta vez también logró recobrar un cierto equilibrio político y económico, que contribuyó a la conservación de su poder, fue porque empleó la inflación como un arma contra la única clase revolucionaria llamada a sucederla, debilitando y desmoralizando al proletariado.

Hay que hacer un apunte fundamental en lo que concierne al desarrollo de esta inflación. Por un lado, a los imperialistas vencedores que se beneficiaron del Tratado de Versalles, les fue posible encauzar la ola inflacionista y evitar la destrucción de su sistema monetario, que pudo enderezarse y sanearse bien mediante una deflación de la circulación fiduciaria, como en Estados Unidos e Inglaterra, o bien mediante la consagración legal de la depreciación monetaria, como en Francia, Bélgica e Italia.

En cambio, los países derrotados de Europa central no lograron dominar las fuerzas desintegradoras que se habían puesto en movimiento con la impresión de billetes, y no pudieron impedir el hundimiento de su economía más que mediante una bancarrota monetaria y la creación de una nueva moneda.

En medio del desorden monetario, el dólar apareció como el único valor estable, el poderoso símbolo del prestigio del capitalismo norteamericano como acreedor mundial: su valor intrínseco, basado en el oro, contrarrestó los efectos de la inflación crediticia que surgió de la expansión económica de la guerra.

En cuanto al imperialismo inglés, tuvo que luchar contra la depreciación de la libra trabando el libre juego del mecanismo que le aseguraba el control de los intercambios mundiales; además, su dependencia como deudor de los Estados Unidos no hizo sino aumentar la dificultad de esta lucha. De este modo, cuando al acabar la guerra Nueva York cortó todos los créditos, obligando a Inglaterra a hacer sus compras al contado, esto no hizo más que acentuar la bajada de la libra. No obstante, había que restablecer lo más rápido posible el crédito y el prestigio de la plaza londinense, por lo que sin más tardanza el capital bancario se orientó hacia una política de deflación monetaria y bajada de los precios que facilitó la crisis económica de 1921. Pero aunque una libra “revaluada” pudiera restablecer las ganancias bancarias, hundía la capacidad de lucha del capital industrial, que se vio obligado a reducir sus precios de coste. El proletariado perdió los aumentos de salarios logrados en 1919, su nivel de vida cayó rápidamente al de 1913 y dejó que le impusieran un régimen de racionalización del trabajo<sup>9</sup>.

Por otra parte, el capital bancario, para vencer la creciente concurrencia del capital norteamericano en el mercado financiero, decidió estabilizar la libra, al mismo tiempo que consolidó su deuda norteamericana. De esta forma, a comienzos de 1925, Londres reconquistó su soporte dorado con la ayuda de los jefes de las Trade-Unions, que traicionando la huelga general y ayudando a la derrota de los mineros ayudaron a restablecer el prestigio financiero del imperialismo inglés<sup>10</sup>.

En Francia, hasta finales de 1918, la cotización del franco francés pudo mantenerse gracias a los créditos ingleses y americanos. No obstante, los déficits se acumulaban al son del refrán optimista de “ya pagará el germano”. En 1920, las cargas militares y los intereses de los empréstitos equivalían al 115% de los ingresos totales presupuestados. Las emisiones a corto plazo se sucedían; los Bonos de Defensa Nacional, extremadamente móviles y fácilmente reembolsables, representaban una permanente amenaza de inflación. La crisis económica empujó al Estado a iniciar la deflación de sus deudas, una tarea que se redujo a los estrechos límites de los pequeños artificios contables: una consolidación de Bonos de Defensa en préstamos a largo plazo dio lugar, por ejemplo, a nuevas emisiones de Bonos que absorbieron los capitales liberados por la crisis y se emplearon para “devolver” los adelantos del Banco de Francia.

Así sucedió hasta que la reanudación económica provocó el pago masivo de los Bonos y reabrió la compuerta a los anticipos bancarios, a la vez que se aceleraba la impresión de billetes, de manera que en

---

<sup>9</sup> Es en esta época cuando comienzan a extenderse el taylorismo y el fordismo.

<sup>10</sup> En la primavera de 1925 la libra volvió a la paridad oro.

1925 la deuda total del Estado llegaba a casi 300 mil millones de francos y la circulación de billetes se había multiplicado por ocho desde 1914. El índice de precios llegó a 646 y en el exterior se precipitó la depreciación del franco. 1926 fue un año crucial: abismo presupuestario, huida de capitales, déficit creciente en el balance contable y ocho ministros sucediéndose en la cartera de finanzas. El “salvador” Poincaré intentó revalorar el franco, pero chocó con el problema de los precios, cuya caída minaba la economía. De hecho tuvo que estabilizar el “franco a cuatro perras”, lo que favoreció la afluencia de oro y divisas extranjeras y permitió proceder a la estabilización legal en 1928, consagrando la depreciación del franco, cuyo valor pasó a ser una quinta parte del de 1914.

\*\*\*

Pero fue en Alemania donde la inflación se desarrolló hasta el punto de sacudir los fundamentos del sistema económico.

En el periodo del fin de la guerra, la burguesía alemana, lejos de encaminarse por una vía que le hubiera permitido sanear progresivamente su economía, tuvo que continuar recurriendo a los expedientes de guerra, pero de forma más desarrollada e incontrolada. En lugar de beneficiarse de apoyo del capital extranjero para enderezar sus finanzas, éste le impuso el yugo del vencedor. Los tributos del Tratado de Versalles tomaron de la economía alemana la sustancia que sirvió para apuntalar los delicados edificios de los países victoriosos. Esta pérdida de riqueza material no podía colmarse, al igual que las destrucciones de la guerra, más que con papel que no representaba más que su “propio” valor. Sangrando incesantemente el ahorro, la llamada deuda “pública” hipotecó hasta cuatro veces el capital total de la nación.

Buscando un equilibrio presupuestario que no terminaba de lograrse, el Estado aceleró la impresión de billetes. Sus necesidades financieras aumentaron en la medida en que los ingresos se depreciaban bajo la acción específica de los fenómenos inflacionistas. A mediados de 1923, la proporción de los ingresos presupuestarios en relación a los gastos era menos del 2%. El aumento astronómico de los marcos-papel y la vertiginosa velocidad de su circulación se vieron superados sin cesar por el ritmo aún más vertiginoso de subida de precios. El mercado anticipaba de manera tan prodigiosa la depreciación monetaria que la masa de signos monetarios nunca llegaba a cubrir las insaciables necesidades de la circulación. El torbellino del jaleo fantasmagórico de los precios terminó tragándose incluso la propia noción de valor. En la última fase de este periodo de descomposición económica, el índice de los precios-papel pasó de los 2.054 en enero de 1923 a tres millones en octubre, mientras que el índice de los precios-oro se duplicó en cuatro meses.

Era bastante evidente, en cambio, que para el capitalismo la noción de valor no se había oscurecido. La burguesía industrial, que lo que poseía eran mercancías, lejos de perder la menor porción de su riqueza, pudo aumentarla. Desde luego, lo hizo echando sobre el proletariado y la pequeña burguesía la carga de los gastos de la guerra y la posguerra, contrayendo considerablemente el poder adquisitivo del mercado interior que la inflación aún limitaba más. Sin embargo la caída de la producción, resultado de todo esto, también se había verificado en las economías de los países vencedores (en menor medida). En cambio, el impulso inflacionista ofrecía a la industria alemana la posibilidad de compensar esto en el mercado exterior. La “prima” de cambio fruto de la depreciación del marco le permitió exportar a unos precios que, expresados en oro, apenas alcanzaban los costes mundiales de producción, lo que significaba que si bien una parte del capital nacional se alineaba en beneficio del capital extranjero, en ningún modo lo hacía en detrimento de los propios fondos de la burguesía alemana; al contrario, la inflación le aseguró la rentabilidad de sus capitales, pues ninguna crisis económica habría podido operar en el seno de la esfera productiva un “saneamiento” semejante al que aportó el proceso inflacionista. En tanto que expropiación brutal de todos

los poseedores de créditos establecidos en marcos, la inflación aceleró la valorización del capital; aligeró sus cargas fijas mediante una extinción progresiva de las deudas obligacionistas (en el último periodo se amortizaron en torno un 50% al mes); redujo la porción de capital dedicada a comprar fuerza de trabajo, cuyo “precio” se alejaba cada vez más de su valor, es decir, del precio de los productos necesarios para su reproducción. Así es como el poder adquisitivo de los metalúrgicos (una categoría bien pagada) era en mayo de 1923 un 15% comparado con el de antes de la guerra. Una barra de pan que el 3 de noviembre de 1923 costaba 25 mil millones de marcos, dos días después ya costaba 140 mil millones.

Alemania exportaba su sustancia, se decía. Sí, pero esta sustancia estaba hecha de la carne del proletariado y la pequeña burguesía. Era el trabajo vivo y el trabajo “ahorrado” el que se vendía de rebajas, mediante exportaciones y préstamos en especie. En cambio, la burguesía evitaba la depreciación de sus riquezas, bien acumulando divisas extranjeras y exportando sus capitales, bien recomprando a bajo precio el patrimonio nacional; la inflación remató el desarrollo de los Konzern y aceleró el proceso de centralización económica en torno al capital financiero.

No obstante, la descomposición del mecanismo de la circulación, a fin de cuentas, podía provocar la descomposición de la propia esfera productiva y la burguesía podía verse superada, como el aprendiz de brujo, por las fuerzas que ella misma había, si no desencadenado, al menos dejado que se expandieran en un sentido favorable a la consolidación de su poder.

La ocupación del Ruhr en enero de 1923 no hizo sino sacudir aún más la economía alemana, cortando sus bases vitales. El desarrollo del paro y el aumento de las cargas presupuestarias, agravando el desorden económico y la virulencia de la inflación, elevaban peligrosamente la temperatura social. Desde luego, organizando la resistencia “pasiva”, la burguesía encontró en el Ruhr una buena distracción para canalizar las luchas obreras, y como constató Painlevé, le permitió “soldar, en la orilla opuesta del Rin, a la clase obrera con los grandes señores de la industria, sus opresores”. Pero en el país no ocupado, había síntomas –como la huelga general de agosto de 1923 que provocó la caída del gabinete Cuno– que señalaban claramente que la clase obrera, que durante la tormenta inflacionista había perdido “sus reformas”, también se había dejado en ella sus ilusiones y estaba decidida a pasar a la lucha abierta contra el poder. La declaración de Stressemann, sucesor de Cuno, de que él “dirigía el último gobierno burgués” (con la participación de los socialistas), mostraba claramente la inquietud de la burguesía. Ésta debía dar un giro a su política económica. La derrota proletaria de octubre en Hamburgo, producto de un oportunismo que ya carcomía el aparato del P.C. alemán, permitió que este giro capitalista se llevara a cabo en las mejores condiciones.

Poniendo fin a la resistencia pasiva en el Ruhr, el gobierno, armado de plenos poderes, pudo encarar un primer intento de estabilización monetaria creando el Rentenmark-oro (el “marco seguro”), emitido por el Reichbank y cuyo respaldo era el conjunto de propiedades agrícolas e industriales. Pero la coexistencia de esta nueva moneda-oro con la inmensa riada de marcos-papel que continuaban circulando, no podía resolver el problema, aunque el Estado ya había cesado sus emisiones y la masiva “deflación” presupuestaria había llevado a despedir a un tercio de los funcionarios. Y, cosa paradójica, la enorme masa de signos monetarios en circulación fue insuficiente en relación al nivel que habían alcanzado los precios, y los escasos medios de los que disponía el Reichbank y el Rentenbank no pudieron suplir esto.

La economía alemana se reveló incapaz de operar un enderezamiento mediante sus propias fuerzas, pero la burguesía, tras poner fin a su política obstruccionista en el Ruhr y alejar también la amenaza

proletaria, logró el apoyo del capital internacional para restablecer su economía y reconstruir su mecanismo monetario.

La primera intervención extranjera, fundando del Gloddiskontobank, se reveló insuficiente, y la estabilización no fue definitiva más que cuando el Comité de Expertos de París patrocinó un préstamo internacional de 800 millones de marcos-oro. El cambio de un marco-oro contra un billón de marcos-papel (1.000 millardos) consagró la ruina de los propietarios de Rentas del Estado mediante la amortización de la Deuda Pública a razón del 97'5% de su valor nominal, a la vez que se amortizaban más de tres cuartas partes del resto de los créditos. La gigantesca transferencia de riquezas en beneficio del gran capital se había consumado; pero al colaborar en ello, el capitalismo mundial había debilitado al mismo tiempo la competencia alemana, al suprimir su "prima" a las exportaciones. En el interior, la debilidad de los fondos necesarios para llevar a cabo operaciones industriales trabó el "despegue" económico, y Alemania sólo entró en un periodo de relativa consolidación cuando se ofreció como mercado para los inmensos capitales ingleses, norteamericanos y franceses que estaban a la espera y cuya afluencia aceleró la maduración de las contradicciones específicas del capitalismo alemán y precipitó su evolución hacia el fascismo.

En resumen, la crisis económica de 1921-1923 vino seguida de un periodo de consolidación del capitalismo mundial, de recuperación de sus fuerzas políticas y económicas, de estabilización temporal, lo cual se reflejó en la reconstrucción y el saneamiento de los sistemas monetarios nacionales. Pero en ninguna parte se restableció el patrón-oro como antiguamente, y como afirma un economista burgués: *"no se creyó oportuno, ni deseable, ni necesario que el oro volviera a la circulación dentro de cada país. Se estimó que para restablecer el régimen monetario sobre la base del oro bastaba con que una unidad monetaria nacional, representada por papel, fuera constantemente convertible en una cantidad determinada de oro, pero únicamente para las necesidades de los pagos en el extranjero"*.

Este nuevo estatuto monetario se incorporó orgánicamente al sistema capitalista y así se consagró la misión ya esbozada antes de la guerra mundial entre la circulación interior y la exterior.

Esta dualidad adquirió una importancia fundamental cuando la crisis mundial abrió la tercera de las fases esenciales del periodo de posguerra, en el transcurso de la cual la sociedad capitalista tuvo que adaptarse al estadio decadente de su evolución.

\*\*\*

Con el periodo de recuperación económica de la posguerra, que se extendió hasta 1928-1929, la burguesía pensó que había llegado a un acuerdo con la Historia para una nueva etapa de prosperidad.

La crisis mundial le mostró brutalmente que no se trataba de eso y que 1914 había abierto definitivamente el proceso de descomposición de su sistema de producción, mientras que el periodo 1921-1928 no reflejaba más que una fase "pacífica" de esta liquidación histórica del Capitalismo como factor progresista.

En el transcurso de la época de expansión imperialista, la dinámica capitalista pudo oscilar entre un mercado mundial extensible y una producción que aumentaba sin cesar, mientras que las crisis cíclicas eran el periódico correctivo del desequilibrio rítmico entre la producción y el mercado, entre la oferta y la demanda de mercancías entre el enorme desarrollo de la productividad del trabajo y la contracción de la base capitalista de consumo. Por otra parte, el oro, reflejo de esta productividad del trabajo, aún no aparecía como la expresión concreta del antagonismo fundamental de la economía capitalista: producción-consumo;

regulador de los intercambios y símbolo de la riqueza “abstracta”, al oro aún no se le “cuestionaba” su cualidad de medida de los valores.

Pero en el trascurso de la crisis mundial, la burguesía descubrió con estupor que a pesar de que la amplitud de la caída de los precios no tenía precedentes (caída que la organización monopolista sólo pudo frenar), era imposible que semejante saneamiento de los valores trajera una reactivación económica, y si bien fingió anatemizar al oro, no fue más que para ocultarse a sí misma este monstruoso contraste que el hundimiento de los precios ponía al desnudo.

Al final del ciclo de expansión, la contradicción fundamental del Capitalismo apareció ante una burguesía consternada por unos problemas nuevos y cuya solución no llegaría apelando al efecto “normalizador” de las leyes “naturales” que hasta entonces habían regido el mecanismo capitalista.

Cuando cedía bajo el peso de una masa aplastante de capitales improductivos, virtualmente muertos, ¿cómo lograría reanimarlos y restituir la ganancia indispensable? La solución no la traería una imposible expansión de la producción ni el perfeccionamiento técnico, que se revelaba como algo negativo sin el correspondiente desarrollo productivo. Ya no se trataba, pues, de un problema de mercados (que supuestamente se soluciona con la guerra). La burguesía sólo podía resucitar su ganancia adaptando su aparato productivo y las condiciones de la producción a la escala que le imponía la evolución histórica.

Pero, en tal caso, el problema económico debía ceder el paso inevitablemente al problema político, pues adaptarse significaba tener que reducir el valor del capital productivo y, en último término, una compresión masiva de los ingresos del proletariado y de las masas pequeño-burguesas así como de las categorías sociales “improductivas” que viven a costa de la plusvalía capitalista.

Y como hemos dicho, esta adaptación ya no podía subordinarse a la acción automática de las leyes capitalistas tal y como éstas se habían desenvuelto en las anteriores crisis cíclicas, en las que la destrucción de valores de cambio permitía que el capitalismo llegara a un nuevo equilibrio.

Hoy, la burguesía, ante la amplitud de los sacrificios que debe consentir, se niega a ser la que soporte la carga. Pero sólo puede echar ésta sobre las espaldas de las clases explotadas deformando o eludiendo el juego de las leyes económicas que rigen su sistema productivo, recurriendo para ello a su aparato estatal, cuyos órganos de represión y coerción debe reforzar en mayor o menor medida, dependiendo de las condiciones de cada nación.

Según sea su armadura económica, reposando en falso o sobre una base imperialista, estos problemas se pueden resolver: o bien mediante un Estado totalitario fascista que concentre en sus manos todos los métodos de la violencia capitalista; o bien mediante un Estado “democrático” que mantenga la cohesión social gracias a toda una gama de fórmulas que van del Gobierno Nacional (Inglaterra) a la Dictadura “democrática” de Roosevelt, pasando por el régimen de “plenos poderes” (Bélgica y Francia).

En el primer caso, dominará la política de contracción directa, de “deflación a chorro continuo” del nivel de vida de las masas; mientras que en el segundo caso la insuficiencia de los medios políticos no permite obtener resultados positivos por este método, por lo que deberá sustituirse por una política de hambruna menos brutal, más adecuada a las condiciones sociales existentes; pero, dada la amplitud que exigía dicha política, la socialdemocracia y el movimiento sindical tendrán que colaborar directamente.

\*\*\*

El último informe del Banco de Pagos Internacionales plantea claramente cuál es la cuestión crucial: *“El problema de la reactivación económica es sobre todo el problema del valor del volumen de las mercancías intercambiadas y consumidas, así como de un ajuste de los precios; se puede resolver o bien mediante un aumento de los precios, o bien mediante una reducción rigurosa de los precios de coste, de manera que deje un margen suficiente de beneficio”*.

Ya sabíamos que la producción por la producción jamás ha apasionado a la burguesía, pues su sistema productivo no suministra *productos*, sino *mercancías* cuyo valor contiene plusvalía. Lo que le interesa es la relación entre esta plusvalía y el valor del Capital total desembolsado en la producción, y no la *cantidad* de mercancías que produce.

Hoy, pues, la profundidad de la decadencia capitalista no se mide según el nivel *cuantitativo* de la producción y los intercambios mundiales. En 1934, el *volumen* del comercio mundial aún equivale a  $\frac{2}{3}$  del de 1929 y la producción industrial se mantiene en  $\frac{3}{4}$  de la de 1929. El nivel relativamente elevado de los intercambios se debe a que es imposible que se reduzcan por debajo del límite mínimo compatible con la supervivencia de la “civilización” y la “paz” social. Por otra parte, el aumento constante de la producción en 1934 se explica por la preparación de la guerra.

La regresión capitalista se refleja económicamente en el hundimiento general de los precios, que arrastra el valor de la producción y del comercio mundial. En 1934, éste representaba, evaluado en oro, el equivalente a solamente un tercio del de 1929.

No sólo es que el bajo nivel de los precios y su producción, que se corresponde a un reducido grado de empleo de su capacidad productiva, colmen prácticamente la diferencia entre el valor del capital invertido y el valor de la producción realizada, aniquilando todo beneficio, sino que en ciertas ramas industriales altamente concentradas el valor de la producción ni siquiera alcanzaba al del capital adelantado: el capitalismo vendía a pérdida porque la contracción de los elementos del precio de coste no era proporcional a la caída de los precios. Tan sólo se había adaptado a esta caída el valor del capital circulante (materias primas) y variable (salarios). En cambio, el capital fijo continuaba pesando tanto más sobre el coste de producción cuanto mayor era la composición orgánica.

Ciertamente, los precios de coste no se veían sensiblemente afectados por la fracción del capital fijo que representa el valor de las instalaciones inmobiliarias, cuya amortización podía escalonarse en un largo periodo. Lo que les gravaba considerablemente era el valor irreductible del gigantesco utillaje, en gran medida renovado en el transcurso del periodo 1921-1928 gracias a capitales de préstamo.

En la esfera agrícola, los elementos fijos de los costes de producción (sobre todo en los Estados Unidos) eran: la renta de la tierra y los préstamos hipotecarios. Su peso específico era tanto más gravoso cuanto mayor era la tasa de depreciación de los productos agrícolas comparada con la de los productos industriales, lo que explica por qué en los Estados Unidos, por ejemplo, este problema de las “tijeras” se añadía al de la rentabilidad industrial.

La cuestión central que se le planteaba al capitalismo puede resumirse así: dado que no estaba en sus manos aumentar el valor-oro de su producción, ¿cómo podía llevar el valor-oro del capital invertido *por debajo* del valor del producto realizado en el mercado, para restablecer la ganancia sin la cual no puede vivir? O bien la compresión de los elementos reducibles (materias primas, salarios, gastos improductivos)

permitía restablecer un equilibrio relativo entre costes y precios, o bien, si esta compresión se revelaba insuficiente, debería también ampliarse a los elementos rígidos del precio de coste.

\*\*\*

La llamada política de “deflación” representó el primer intento capitalista de *adaptarse a la bajada de los precios-oro*. Se recurrió al primer método, tratando de restablecer el “equilibrio” mediante una regresión general de la vida social, reduciendo las necesidades que en la época de esplendor le permitieron expandirse en cierta medida. Era evidente, ya lo hemos dicho, que en tal ambiente histórico la reducción de los precios de coste ya no dependía del perfeccionamiento técnico, de un desarrollo de la productividad del trabajo que redujera los precios por unidad, pues los límites en los que se movía la producción constituían un obstáculo insuperable, por no hablar de que el aumento de la composición orgánica del capital que resultaría de ello no habría hecho más que profundizar este desequilibrio; sólo las industrias bélicas ofrecían un mercado para el progreso técnico.

Esta condición negativa hacía imposible comprimir el capital variable reduciendo el *valor* de la Fuerza de Trabajo, es decir, del *tiempo de trabajo* necesario para su reproducción.

Por otra parte, tampoco era posible ampliar la jornada de trabajo social global (no así la *individual*).

Así que el coste de la mano de obra sólo podía reducirse mediante:

- a) La intensificación del trabajo individual, que equivalía a un aumento de la jornada de trabajo y permitía reducir el número de obreros que trabajaban.
- b) La bajada del *precio* de la fuerza de trabajo *por debajo* de su valor; el paro facilitaba esta rebaja, así como la descomposición del frente proletario por los agentes capitalistas (socialistas y centristas). Además, una falsificación de los índices de los precios al por menor, así como la presión que se ejercía sobre los precios de las mercancías que servían para la conservación de la fuerza de trabajo, sobre todo los productos agrícolas, contribuían a que el obrero creyera que su trabajo tenía un “precio justo”.

La compresión de los precios de coste podía ejercerse, por otra parte, mediante una reducción de la fracción de la plusvalía absorbida por los gastos sociales o los gastos de circulación: gastos de transporte, las cargas “improductivas” del paro, gastos “culturales”, gastos administrativos (funcionarios), impuestos que “gravaban la producción”, ingresos de los pequeños comerciantes, etc. Esta política de deflación sólo podría generar resultados positivos si adquiría la suficiente amplitud. Ahora bien, dependía de la incidencia que tuviera sobre los diferentes componentes de los costes de producción: capital fijo, capital circulante y capital variable. Por su parte, los resultados positivos eran neutralizados por las fuerzas que actuaban en el sentido de una contracción constante del mercado, algo que no sólo se debía a la continua reducción del poder adquisitivo de la clase obrera, de la pequeña-burguesía y del campesinado, sino también a la psicosis que creaba esa bajada, que lo único que hacía era alentar el atesoramiento.

Por otra parte, los precios de venta, lejos de estabilizarse, continuaban bajando, pues tendían a seguir de cerca los costes de reproducción, constantemente reducidos *por debajo* de los costes de producción del ciclo que finalizaba.

Los costes y los precios se influían recíprocamente, reduciéndose sin llegar nunca a alcanzar el equilibrio perseguido. Esta tendencia agravaba la pérdida de capital en lugar de atenuarla. En cada ciclo

productivo, la operación “deflacionista” tenía que empezar de nuevo; de la misma forma, los ministros de Finanzas perseguían un quimérico equilibrio presupuestario que nunca llegaba.

Por tanto, no había ninguna duda de que en determinadas condiciones políticas, los intentos de equilibrar la economía mediante métodos directos no eran más que una ilusión. Como recientemente constataba un economista burgués inglés a propósito de la política “deflacionista”: *“En nuestro mundo occidental hay un límite, que en los países del Bloque-Oro está cerca de alcanzarse, por debajo del cual los ingresos no pueden reducirse sin provocar peligrosas reacciones sociales”*.

Estas reacciones sociales fueron fácilmente sofocadas por las naciones fascistas porque antes ya habían logrado romper el espinazo al proletariado. En estos países los límites de la deflación pudieron llevarse más lejos gracias a un adecuado aparato estatal.

En Alemania, tras la gran expropiación inflacionista de 1923, que había aligerado la economía de las deudas privadas y públicas, la burguesía importó enormes cantidades de capital extranjero, que si bien le valieron para modernizar y racionalizar su industria, también gravaron el peso del capital fijo. Más tarde, no obstante, sus acreedores ingleses y norteamericanos, al proceder a la devaluación monetaria, se encargaron ellos mismos de reducir estas cargas rígidas, mientras el Estado alemán suspendía todas las transferencias.

Por otra parte, Alemania atravesó una coyuntura de *rearme* intensivo que mejoró la rentabilidad de las empresas y atenuó el paro. La instauración de un cuasi-monopolio en el comercio exterior, el estricto control del mercado de cambio y la moratoria de su deuda externa, le dieron además una relativa libertad de movimientos en sus relaciones con el exterior y le quitaron toda preocupación de carácter monetario. Sin reservas de oro y sin moneda convertible, tampoco tenía que preocuparse de “defenderla”. Ahora bien, la situación en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos era completamente diferente.

\*\*\*

La conformación estructural de estas economías, sobre las que continuaban pesando enormes capitales “muertos”, las empujó necesariamente a abandonar unos métodos de adaptación al descenso de los precios que no hacían más que acelerar la descomposición económica. El aumento incesante del poder adquisitivo de la unidad monetaria exacerbaba el conflicto entre los propietarios de mercancías y los poseedores de signos monetarios representantes del oro.

El economista inglés Strakosch revelaba las preocupaciones capitalistas cuando decía que *“dada la bajada de precios, hay que suministrar más mercancías para respetar el ‘contrato monetario’. Si un préstamo se ha contratado en un periodo de precios altos y si, al vencimiento, los precios han bajado, hay que suministrar más riqueza real para pagar la deuda que si los precios permanecen ‘estables’.”*

Pero estas hipócritas imprecaciones que se lanzaban sobre el oro no alteraban para nada el hecho de que el elevado valor del oro no hacía más que expresar un contraste específico y fundamental del capitalismo, así como que el antagonismo deudores-acreedores no era más que la trasposición al terreno de clases del conflicto que existe entre el oro como medida de los valores y el oro como medio de pago.

Analizando las consecuencias de las variaciones del valor del oro, Marx ya subrayaba que *“la moneda ejerce dos funciones diferentes en dos periodos distintos; primero sirve de medida de los valores, y luego como el medio de pago que responde a esta medida. Si en este intervalo varía el valor de los metales preciosos, la misma cantidad de oro que sirve de medio de pago valdrá más o menos que en la época en la*

*que sirvió de medida de los valores, cuando se firmó el contrato. La función de una mercancía especial, el oro como moneda o valor de cambio materializado, entra aquí en conflicto con su naturaleza como mercancía particular cuyo valor depende de la variación de sus costes de producción.”*

Pero en la crisis general del capitalismo, la relación se invertía. Ya no era el valor del oro el que cambiaba en relación a *todas* las otras mercancías, sino que eran éstas las que, en relación al oro, firmaban con sus precios la histórica condena a muerte del modo de producción capitalista, que habiendo desarrollado prodigiosamente la productividad de los hombres, ya no era capaz de asegurar su bienestar.

¿Quiénes eran los acreedores y quiénes los deudores bajo este reinado del capital financiero? Aparentemente éste, dispensador de crédito, era el acreedor. Pero en realidad era más bien el deudor de la inmensa y amorfa masa de los ahorradores, los auténticos acreedores, que sin embargo eran impotentes porque carecían del control sobre la producción. Y es que si bien el capital financiero era por una parte el deudor de ciertas sumas, nominalmente fijas, por la otra detentaba los valores reales representados por el aparato productivo.

Se oponían entonces, por un lado, la gran masa de pequeños ahorradores y acreedores nominales, los pensionados y los propietarios de rentas del Estado, es decir, los que el señor Vandervelde llamaba sin ironía “capitalistas pasivos” y que, según sus palabras, *“se hallaban, en medio de esta angustia generalizada, en mejor situación que antes de la crisis”* (para este “marxista” la bajada de precios era sinónimo de “angustia generalizada”). Y por otro lado, el puñado de “capitalistas activos”, siguiendo esta etimología de vanderveldiana, que controlaban las palancas de la economía, las riquezas reales y el oro.

\*\*\*

La idea de arrebatarse a los “acreedores” y a los poseedores de moneda el “privilegio” que les confería la bajada de precios, se conjugaba así con la necesidad de aligerar la producción del peso aplastante de los capitales de préstamo, que esencialmente se dedicaron al perfeccionamiento técnico durante la fase de prosperidad ficticia.

La devaluación monetaria se presentaba como el “correctivo” capaz de restablecer el equilibrio entre el capital desembolsado en la producción y el valor realizado de dicha producción. El economista Strakosch, que ya hemos mencionado, aseguraba además que *“la devaluación se basa en la justicia social, pues la clase que deberá soportar las cargas más pesadas es la que se verá privada del beneficio ‘no contratado’ (!) que le procura la bajada de precios.”* ¡Qué humor inglés!

Está claro que la antinomia “deflación-devaluación” no existe más que en la imaginación de los demagogos socialistas; en realidad se trata de dos medidas que se complementan y que tratan de restablecer el equilibrio capitalista.

La afirmación de Blum de que *“junto a la antinomia orgánica, el problema monetario provoca una dislocación práctica del capitalismo; bajo su forma financiera y bancaria, el capitalismo trata obstinadamente de estabilizar la moneda; bajo su forma industrial y comercial, cada vez se ve más empujado hacia la devaluación”*<sup>\*</sup>, no resiste una confrontación seria con la realidad. ¿Dónde ve Blum esa dislocación práctica del capitalismo?

---

<sup>\*</sup> *Le Populaire*, 28-9-1934.

Del mismo modo, es pura fantasía afirmar, como hace el “profesor” De Man, que “*la inflación y la devaluación son dos cosas esencialmente diferentes*”, pues en el terreno del antagonismo de clases, únicamente son dos métodos diferentes para operar una transferencia de riqueza en provecho del capital financiero: la burguesía sustituye la depreciación monetaria fruto de emisiones de papel no respaldado por otra depreciación que consiste en reducir el contenido de oro de la unidad monetaria, sin que esto venga acompañado de un aumento de la circulación monetaria.

Hemos señalado antes que la inflación permitió a la burguesía alemana sanear su economía. El objetivo de la devaluación era llegar a los mismos resultados, aunque en proporciones más restringidas.

El resultado de esta subida de los precios, unida a la depreciación del capital fijo y del capital variable, restableció el ansiado equilibrio entre los costes y los precios, al menos durante un periodo cuya duración dependería de las modificaciones en la correlación de fuerzas entre imperialismos rivales.

Los orígenes de la devaluación y el ambiente en el que germinó indican claramente que a decir verdad no se trataba de un problema monetario; y el ejemplo norteamericano mostró que el respeto al estatuto monetario no dependía de la existencia de unas enormes reservas de oro, sino del clima económico y social.

Así mismo, en Inglaterra, en 1931, el descuelgue de la libra respecto al oro se debió a esas causas profundas que hemos analizado; la retirada masiva de capitales cuya contrapartida eran los créditos a corto plazo bloqueados en Europa central (Alemania y Austria), no fue sino el gatillo que precipitó la ruptura.

En los Estados Unidos la caída de los precios al por mayor llegó a tal extremo que la diferencia entre el precio de coste y el precio del mercado, entre las deudas de los granjeros y sus ingresos, se había vuelto intolerable y amenazaba con sacudir todo el edificio social.

No hace falta decir que del mismo modo que la devaluación no surgió de una crisis monetaria, tampoco fue el producto de maniobras especulativas, pues estas no reflejan sino las reacciones superficiales de la agitación del subsuelo económico.

\*\*\*

¿Cómo se efectúa este equilibrio interno y relativo que busca la devaluación? Esto es lo que vamos a ver a continuación, analizando su mecanismo y descomponiéndolo en esquemas sucesivos.

Al comparar estos esquemas podremos llegar a unos resultados que, sin llegar a tener un valor absoluto, muestran al menos la tendencia, la orientación general del ciclo productivo.

Para simplificar y hacer más claros los cálculos, partiremos de las siguientes condiciones:

- a) El volumen de la producción permanece constante.
- b) Los precios que se consideran son los precios al por mayor que determinan la ganancia *industrial*.
- c) Antes de la devaluación, la fuerza de trabajo se paga por *su valor* y la cuota de explotación del trabajo es del 100%.
- d) Las proporciones correspondientes a la composición orgánica de un nivel técnico *medio* son obligatoriamente arbitrarias, pero no afectan a la tendencia resultante.
- e) El Capital Fijo considerado no es más que la fracción de este capital que representa el valor del utillaje, que debe incorporarse rápidamente a la producción y constituye el elemento rígido de los

precios de coste. Consideraremos que es capital prestado (créditos bancarios, obligaciones) y que por tanto puede verse afectado por la devaluación.

f) El Capital Circulante representa el valor de las materias primas o productos a transformar.

## I. CICLO PRODUCTIVO ANTES DE LA CAIDA DE LOS PRECIOS

Precios de valor comercial (en valores oro).

Capital Constante		Capital Variable	Plusvalía	Valor del producto	Precio de mercado	Capital desembolsado	Masa de ganancia	Tasa de ganancia
Capital Fijo	Capital Circulante							
500	300	200	200	1.200	1.200	1.000	200	20%

Si suponemos un descenso de los precios del 50% (que prácticamente se corresponde a la bajada mundial en 1934) y que los salarios han sufrido un descenso proporcional, este esquema se convierte en este otro:

## II. CICLO PRODUCTIVO TRAS LA CAIDA DE LOS PRECIOS

(En valores oro).

Capital Constante		Capital Variable	Plusvalía	Valor del producto	Precio de mercado	Capital desembolsado	Masa de ganancia	Tasa de ganancia
Capital Fijo	Capital Circulante							
500	150	100	100	850	600	750	Pérdida de 150	Pérdida del 20%

De este segundo esquema resulta que la plusvalía, a pesar de haberse producido realmente en el curso del ciclo y aunque efectivamente suponga una tasa de explotación del obrero del 100%, no sólo no ha podido realizarse en el mercado, sino que además al Capital desembolsado se le ha amputado un 20%.

En estas condiciones el proceso de trabajo no se puede renovar sino a un nivel inferior, incluso aunque la mano de obra fuera gratuita no se lograría amortizar todas las pérdidas. Podemos ver, también, que si el valor del Capital fijo siguiera el descenso de los precios la producción se podría realizar con la ganancia primitiva, ya que *todos* los elementos de la producción se habrían reducido un 50%.

Supongamos ahora que la unidad monetaria se devalúa un 33%, lo que se corresponde a una depreciación real de la *nueva* unidad del 50%<sup>11</sup>. Supongamos también que los precios al por mayor se

<sup>11</sup> Una devaluación monetaria del 33% equivale a una subida de precios de un 50%. Si 100 unidades monetarias que representan un valor de 100 gramos de oro se devalúan un 33%, ahora se necesitarán 150 unidades monetarias para representar el mismo poder de compra de 100 gramos de oro.

adaptan al alza<sup>12</sup> y que el volumen de la producción no varía. El capital circulante (materias de procedencia extranjera) se compra tras haber subido un 50%.

El capital variable de momento no sube, pero el *valor* total del trabajo (en papel) aumenta evidentemente un 50%, lo que eleva la tasa de explotación al 200%<sup>13</sup>.

Llegamos a esto:

### III. CICLO PRODUCTIVO TRAS LA DEVALUACIÓN

(En valores papel).

Capital Constante		Capital Variable	Plusvalía	Valor del producto	Precio de mercado	Capital desembolsado	Masa de ganancia	Tasa de ganancia
Capital Fijo	Capital Circulante							
500	225	100	200	1.025	900	825	75	9%

Subrayamos que se ha podido realizar el 37'5% de la masa de plusvalía<sup>14</sup>.

Convirtiendo las cifras de arriba en oro, tendremos un nivel del 66'66%:

(En valores oro).

Capital Constante		Capital Variable	Plusvalía	Valor del producto	Precio de mercado	Capital desembolsado	Masa de ganancia	Tasa de ganancia
Capital Fijo	Capital Circulante							
333	150	66	133	682	600	549	51	9%

Comparando esta tabla con el Esquema II, resulta que permaneciendo constantes los precios de coste en oro, la primitiva pérdida del 20% se trasforma en una ganancia del 9%.

Por otra parte, para un volumen equivalente de producción, el valor en oro del capital desembolsado ha podido reducirse de 750 a 549, es decir, un 26%. Esta diferencia proviene de:

- a) La amortización de un tercio del capital fijo en gastos de acreedores.
- b) Una depreciación de la fuerza de trabajo equivalente a un tercio de su valor\*.

Suponiendo que los salarios se adapten a una subida de los precios al por menor del 50%, tendremos:

<sup>12</sup> Es decir, que el *precio de mercado* reflejado en la tabla sufre también el alza correspondiente.

<sup>13</sup> Aunque la fuerza de trabajo se siga pagando a 100, para calcular el valor real de su trabajo sí que hay que partir de la subida del 50% del precio (en papel). Por lo que a un capital circulante de 150 con el 100% de plusvalía le correspondería una masa de plusvalía de 150. Como los salarios no suben, se quedan en 100 y los 50 restantes van a parar a la plusvalía, que de este modo pasa a ser del 200%, con una masa también de 200, en este ejemplo.

<sup>14</sup> Teniendo en cuenta que la masa de plusvalía es de 200 y la masa de ganancia 75.

\* En realidad la "deflación" ha reducido el precio de la fuerza de trabajo por debajo de su valor.

#### IV. CICLO PRODUCTIVO CON UNA SUBIDA DE LOS SALARIOS DEL 50%

(En valores papel).

Capital Constante		Capital Variable	Plusvalía	Valor del producto	Precio de mercado	Capital desembolsado	Masa de ganancia	Tasa de ganancia
Capital Fijo	Capital Circulante							
500	225	150	150	1.025	900	875	25	3%

Pero en realidad el alza de los precios al por menor siempre se retrasa con respecto a la de los precios al por mayor; además, la presión del capital monopolista sobre el campesinado y el pequeño comercio (gracias al comercio estandarizado) permite contener el alza de los precios al por menor por debajo de la tasa de depreciación monetaria; por no hablar de que puede llevarse a cabo fácilmente una falsificación de estos índices.

La compresión del valor-oro del capital variable se efectuará, pues, en parte en detrimento del obrero en la medida en que el poder adquisitivo de su salario disminuye, y en parte también en detrimento de la pequeña burguesía, en la medida en que la no adaptación de los precios al por menor a la depreciación monetaria reducirá sus ingresos.

La devaluación, pues, lejos de elevar los salarios reales, persigue su reducción, y la fuerza de trabajo, que ya se paga bajo la influencia de la “deflación” por debajo de su valor, es decir, por debajo del precio de su manutención “normal”, se depreciará aún más bajo la influencia de la política de “renovación económica” y de “ampliación del poder adquisitivo de las masas”.

La devaluación no provoca una ampliación del poder adquisitivo de las masas, sino todo lo contrario, debe contraerlo, tal y como refleja la reducción de los ingresos del proletariado y la pequeña burguesía, así como la expropiación parcial de los acreedores del Estado, de los titulares de depósitos bancarios o de libretas de Cajas de Ahorro, y también de la gran masa de poseedores de billetes de banco, cuyo expolio reflejará cínicamente el capital financiero en los balances de los bancos llamados “nacionales”, bajo el título de : ¡“revalorización de las reservas de oro”!

En estas condiciones la reanimación económica temporal que puede producirse inmediatamente tras la devaluación se debe a que la tendencia al alza de los precios-papel moviliza el poder de compra potencial, atesorado, que no es más que el producto *no consumido* de las *pasadas* actividades productivas; se trata únicamente de aquella parte de los fondos de acumulación o de los fondos de consumo que la crisis había rechazado del proceso de renovación de la producción o de la esfera de la circulación y que el “choque” de la devaluación incita a transformarlos en objetos de consumo, pero no en capital, pues las condiciones estructurales del capitalismo se oponen a ello.

Una reactivación fundada en una extensión de la base económica sólo sería concebible si existieran posibilidades reales de extender del mercado capitalista o si se modificara el reparto capitalista, aumentando el consumo de las masas mediante la reducción de los ingresos de la burguesía. Sabemos que lo que ocurre es todo lo contrario, y los autores de los Planes Cegetistas, los Planes de Trabajo y demás

extravagancias contrarrevolucionarias, que proponen una extensión del mercado interior, no se preocupan de poner en evidencia lo absurdas que son sus hipótesis.

\*\*\*

Ya hemos indicado que la devaluación no era sino el producto de un determinado clima económico y social y que sólo podía representar una solución temporal, una de las formas que tiene el capitalismo de adaptarse a su estadio decadente. El restablecimiento de la rentabilidad capitalista no tenía más que un valor precario y episódico; el capitalismo no había llegado a un equilibrio definitivo. Las economías que recurrieron a la devaluación pudieron medir sus resultados con la ampliación de su base imperialista y de su peso específico en la esfera de los intercambios internacionales.

Tal es así que el “secreto” de la guerra monetaria no puede comprenderse sin tener en cuenta que el problema de los mercados ha cambiado radicalmente de aspecto.

Bajo la influencia de una regresión continua del comercio internacional que acelera más “la autodefensa” de los nacionalismos exacerbados, para las economías imperialistas no se trata tanto de desarrollar sus mercados exteriores como de conservar y proteger los que ya tiene. El objetivo de la devaluación no es asegurarse una *prima a las exportaciones*, pues éstas chocan con las barreras de los cupos, las tarifas, los clearings, etc.; la “libre” competencia internacional se ha quedado anticuada. “Vencer” al competidor antagonista que se esconde tras la muralla proteccionista ya no tiene ningún sentido, es decir, que el grupo capitalista que devalúa no trata de que los precios de coste se reduzcan al paso de los precios de venta; al contrario, se esforzará por mantener el nivel de los precios-oro, si no los eleva, pues no puede permitir que la “victoria” económica sobre el grupo rival le cueste la ruina. No es que la devaluación no implique una nueva bajada de los precios-oro, pues esto se verifica en la medida en que extiende su radio de acción (y el ejemplo inglés es concluyente a este respecto). Pero este descenso de los precios-oro sólo aniquilará los resultados positivos de la devaluación si se contrae al mismo nivel que los elementos que determinan los precios de coste. Retomando el segundo aspecto del Esquema III, es evidente que si los precios caen de nuevo un 26% la primitiva pérdida del 20% reaparecerá.

No hay duda de que la acentuación de las contradicciones imperialistas no puede más que empujar sin cesar los precios a la baja. Pero, *entre tanto*, el grupo que opera la devaluación puede sanear su producción y consolidar sus posiciones en el mercado mundial.

En el terreno internacional, el problema se reduce esencialmente a esto: crear las condiciones que permiten, mediante una acción conjugada sobre los precios internos y la cotización de la moneda, mantener el poder adquisitivo *interno* de la moneda *por debajo* de su poder de compra *exterior*.

En otras palabras, hay que conseguir que la unidad monetaria permita comprar más mercancías extranjeras que nacionales. O dicho de otra forma, que el *valor* de un determinado volumen de mercancías exportadas permita comprar un volumen mayor de mercancías importadas; esto quiere decir que un grupo imperialista tratará de vender lo más caro posible el volumen de exportaciones que se le asigna en el contexto del nacionalismo económico; la masa de ganancia que antes resultaba de un aumento de la producción y de las exportaciones, debe restablecerse mediante un aumento del *valor* de una producción más restringida. No es que el capitalismo renuncie a desarrollar sus exportaciones, sino que renuncia en la medida en que esto puede trabar su ganancia.

Prefiere sustituir la *prima a la exportación* por una *prima a la importación* que le permite comprar a mejor precio los productos necesarios para su producción (materias primas y productos agrícolas), recurriendo a su mecanismo proteccionista para cortar el paso a los productos extranjeros capaces de competir con los productos nacionales.

La prima a la importación se convierte así en una “moneda de cambio” de cara al desarrollo de las exportaciones: se comprará más si se puede vender más; cuando los métodos “deflacionistas” amplían las posibilidades de reducir los precios de manera “rentable”, la prima que refleja la diferencia entre los precios interiores y los precios mundiales permite reducir los precios de venta para mantener, si no para ampliar, los mercados exteriores.

\*\*\*

En nuestro estudio sobre la evolución del imperialismo inglés\* ya hemos subrayado la importancia de la capacidad de compra del mercado inglés y el carácter universal de la libra esterlina, dos elementos que han jugado un considerable papel en la política monetaria que ha seguido Inglaterra tras el abandono del patrón-oro.

El descuelgue de la libra respecto al oro no implicó la modificación del estatuto monetario inglés, y hoy la depreciación monetaria aún no se ha consagrado legalmente; sólo se ha suspendido la convertibilidad del billete.

Pero la depreciación de la libra aceleró la bajada de los precios mundiales, pues la mitad del comercio internacional se efectuaba con moneda inglesa. Si bien por una parte ello supuso una agudización de la crisis en los imperialismos rivales, particularmente en los Estados Unidos, por otra parte la ampliación del radio de atracción del Imperio Británico provocó que las economías vasallas se adhirieran a su política monetaria: los Estados escandinavos y los países de América del Sur, terminando por agrupar un bloque que hoy reúne a 50 naciones.

Mientras el poder de compra del oro proseguía su ascenso, el poder de compra de la libra-papel, en cambio, retrocedía: los precios mundiales continuaban bajando y entre 1931 y 1933 su caída llegó al 20% en los Estados Unidos y al 18% en Francia; en Inglaterra, en cambio, la bajada se contuvo.

Llegó entonces el giro de la política económica inglesa. Para darle la máxima eficacia posible, el imperialismo británico intervino con el enorme poder de atracción de su capacidad de compra e hizo valer su peso aplastante como principal comprador del mundo; una acción consciente sobre el mercado de cambio (Fondos de Control), junto al juego de las tarifas preferentes establecidas en los acuerdos de Ottawa, le permitió actuar eficazmente sobre el movimiento de los precios mundiales, sobre todo respecto los precios norteamericanos.

El antagonismo anglo-americano se desarrolló bajo nuevas formas, que reflejaban la importancia que habían adquirido las variaciones monetarias y la influencia que ejercían sobre los precios.

Habiendo arrebatado los ingleses a los norteamericanos la prima de importación de la que estos disfrutaban hasta septiembre de 1931, la emplearon para comprar a buen precio los productos necesarios, mientras levantaban una muralla imperial a los fabricantes competidores.

---

\* Ver *BILAN* nº 13 y 14.

De esta forma Inglaterra empleó su prima para tratar de desarrollar sus exportaciones hacia países productores de materias primas y productos agrícolas (Estados Unidos, Argentina, países escandinavos, Francia).

Pero a comienzos de 1933 llegó la respuesta norteamericana. Bajo la presión del crack bancario que amenazaba con hundir toda la economía, Roosevelt, armado con plenos poderes y dando resueltamente la espalda a los métodos “deflacionistas” de Hoover, orientó el imperialismo norteamericano hacia una nueva política económica que buscaba aumentar los precios, operar una amputación del capital fijo industrial y reducir las deudas de los granjeros (cuya agitación se estaba convirtiendo en una amenaza social), mientras otorgaba al dólar libertad de movimientos en el mercado internacional de cotizaciones, descolgándolo del oro.

La áspera lucha entre la libra y el dólar se invirtió: los Estados Unidos recuperaron la prima de importación que se habían visto obligados a ceder en 1931 y la consolidaron reforzando considerablemente su sistema aduanero.

La batalla económica anglo-americana minó las posiciones del Bloque del Oro que se formó tras el fracaso de la Conferencia Económica de 1933.

De este modo, a finales de 1934 las cargas fijas de Inglaterra y los Estados Unidos se habían reducido sensiblemente; el poder de compra de la libra y el dólar se acercó al nivel de 1929 y mejoró la rentabilidad capitalista. En cambio, en los países del Bloque del Oro, sobre todo en Francia, las cargas fijas del capital eran un 50% más altas, mientras seguía el descenso de los precios al por mayor. Francia, aunque teóricamente se “beneficiaba” de una prima a la *exportación* frente a Inglaterra y los Estados Unidos, pagaba con una moneda “apreciada” los productos ingleses y americanos, más caros que sus propios productos.

Cada vez era más evidente que si no quería salir derrotada de esta gigantesca batalla monetaria, la burguesía francesa tendría que recurrir a su vez a esa gran medida expropiadora capaz de aportarle la reactivación indispensable, “alineando” su moneda y su economía con la moneda y la economía de los imperialismos rivales.

Pero esta “alineación” no implica en absoluto una estabilización monetaria internacional, algo que es imposible en el periodo de progresiva descomposición del capitalismo, que se dirige irresistiblemente hacia su única salida “natural”: la Guerra. La resolución de la Conferencia de Londres de 1933, que señalaba que *“todos estamos interesados en lograr, en la medida en que lo permitan las circunstancias, una estabilidad en el terreno monetario internacional, siendo los países interesados quienes deben determinar en cada caso la fecha y la paridad”*, reunió en este cubo de basura todos los deseos ya expresados a favor del restablecimiento del comercio internacional, el desarme económico y militar, etc.

Si los imperialismos buscan acuerdos es porque todos saben que no pueden consolidar sus posiciones respecto al resto. Si hoy los Estado Unidos proponen una estabilización monetaria, es porque ésta les permitiría conservar las ventajas ya adquiridas gracias a la política de Roosevelt. Si Inglaterra rechaza la oferta norteamericana, es porque no le parece oportuna. En fin, si la Francia imperialista hasta ahora ha sido la “defensora” del oro, es porque teme el resultado del conflicto entre la libra y el dólar.

La búsqueda de un equilibrio transitorio entre fuerzas antagónicas, esto es a lo que debe limitarse el capitalismo mundial, y no a la búsqueda de un ilusorio equilibrio económico universal que supuestamente se

regiría y se garantizaría mediante un mecanismo monetario cuyo funcionamiento excluyese toda fluctuación del poder de compra del oro.

Hace ya 75 años, en su “Crítica de la Economía Política”, Marx se burlaba de semejante utopía: *“podemos juzgar la profundidad de la crítica que pretende suprimir los ‘inconvenientes’ de la producción burguesa aboliendo los ‘privilegios’ de los metales preciosos e introduciendo un supuesto sistema monetario racional”*.

*“La estabilidad monetaria está condicionada por la estabilidad de los precios, por la estabilidad del poder de compra del oro”,* repiten los agentes del capitalismo. *“Los intereses del obrero”,* dice Blum, *“exigen la estabilidad del valor de compra, y por tanto una relación constante entre el oro y las mercancías. No basta con que un salario determinado represente una cantidad fija de unidades monetarias, sino que estas unidades deben representar una cantidad fija de mercancías”*. Y añade: *“Si se devalúa, se altera la relación de la moneda con el oro; si se mantiene la paridad con el oro, se deja vía libre al fenómeno de la subida del oro, se altera la relación del oro con las mercancías. ¡Tanto en una como en otra hipótesis, los trabajadores se ven directamente o indirectamente afectados!”*. (*Le Populaire*, 28-9-1934).

El proletariado no tiene evidentemente nada que ver con semejantes concepciones, pues no reflejan más que los deseos capitalistas de escapar de la acción de sus propias leyes, persiguiendo el envilecimiento del valor de la fuerza de trabajo hasta que llegue el día que pueda aniquilarlo materialmente en la hoguera de la guerra. Blum nos dice que frente a las maniobras monetarias de la burguesía *“la clase obrera debería elegir la menos nociva, haciendo un balance de las ventajas y las desventajas”* (al igual que en la “democracia”). Ante esta argucia contrarrevolucionaria nosotros proponemos al proletariado la necesidad de luchar por la defensa de su salario *real*, lo que le llevará a constatar que es imposible mejorar su suerte en el contexto del sistema capitalista y le convencerá de que la lucha por el poder es inevitable.

Mitchell.